

EL CRITERIO ESPIRITISTA.

REVISTA MENSUAL.

FUNDADOR, ALVERICO PERON.

II AÑO. Marzo de 1869. N.º 7.º

SECCION OFICIAL.

SOCIEDAD ESPIRITISTA ESPAÑOLA.

SESION DEL 13 DE MARZO DE 1869.

Abierta á las nueve de la noche bajo la presidencia de ALVERICO PERON, y presentes los Sres. LOZANO, CUBAS, ALDANA, MENDEZ y RODRIGUEZ, TORRES, VILLANUEVA, KOSISCKI, TORRIENTE, HUELBES, PASTOR y BEDOYA, USERA y GIMENEZ, TORRES y GONZALEZ y el Secretario TEJADA, dióse lectura al proyecto de reglamento, hecho por la comision reformadora nombrada en la sesion anterior, proyecto que despues de aprobado en su totalidad fué puesto á discusion por artículos, aprobándose en la forma siguiente:

REGLAMENTO DE LA SOCIEDAD ESPIRITISTA ESPAÑOLA.

CAPÍTULO PRIMERO.

OBJETO Y CONSTITUCION DE LA SOCIEDAD.

Artículo 1.º Con el objeto de estudiar el Espiritismo, ó lo que es lo mismo, los fenómenos y manifestaciones que patentizan la comunicacion del mundo invisible con el visible, se constituye una asociacion científica denominada *Sociedad Espiritista Española.*

Art. 2.º La Sociedad se coloca bajo la proteccion del espíritu elevadísimo de Sócrates, á quien elige por guia en su difícil estudio.

Art. 3.º El lema de la Sociedad será «El bien ha de hacerse porque es bien.» «Toda accion produce consecuencias análogas á su índole.»

Art. 4.º La Sociedad, consecuente con su lema y su carácter puramente científico, no se ocupará en ningun caso de cuestiones políticas, ni de actos ó controversias religiosas, á fin de evitar todo pretexto á que se le dé ninguna de estas calificaciones: su fin es, tan sólo, obtener por el estudio del Espiritismo el progreso científico y moral de la humanidad.

Art. 5.º La Sociedad no podrá en tiempo alguno ser disuelta, refundida ni anexionada á otra, de cualquier carácter que sea.

El domicilio de la Sociedad se fija en Madrid.

CAPÍTULO II.

DE LOS SOCIOS.

Art. 6.º La Sociedad se compondrá de un número ilimitado de socios de ambos sexos.

Art. 7.º Los socios se dividen en cinco clases: honorarios, de mérito, residentes, de entrada y corresponsales.

Art. 8.º Para ser admitido socio es indispensable reunir las condiciones siguientes:

1.ª Acreditar su fe y conocimientos Espiritistas, teniendo presente que el Espiritismo es compatible con toda religion que tenga por base la creencia en un Sér Supremo y en séres inmortales y personales, creacion de este Supremo Sér.

2.ª Solicitar por escrito el ingreso con el apoyo y responsabilidad de tres socios residentes, honorarios ó de mérito.

3.ª Informe favorable del Consejo directivo.

4.ª Obtener mayoría relativa, en votacion secreta, en la sesion en que se lea el dictámen referente á la admision.

5.ª Cumplir con los deberes que el Reglamento impone á la clase á que debe pertenecer.

Art. 9.º Para ser socio honorario se necesita ser propuesto por cinco individuos, informe favorable del Consejo directivo y mayoría relativa de votos.

Art. 10. Son considerados como socios de mérito los mediums, sin distincion de sexos, que presten el uso de su mediumnidad en las sesiones, en cuyo concepto están exentos del pago de toda cuota, pero teniendo voz y voto en las deliberaciones de la Sociedad.

Art. 11. Para la declaracion de socio de mérito nombrará el Consejo directivo una Comision especial, que proponga en vista de los datos y antecedentes que adquiera.

Art. 12. Los socios residentes tienen voz y voto en las discusiones de la Sociedad.

Art. 13. Son socios residentes todos los actuales; y lo serán del mismo modo los de entrada que al año de su ingreso hayan probado su asiduidad y buen deseo, contando ménos de diez faltas de asistencia inmotivada á las sesiones, desde la fecha de su ingreso en la Sociedad.

Art. 14. Los socios de entrada deberán solicitar su ingreso como residentes al año de su eleccion, entendiéndose que el que no lo haga trascurrido un mes despues del año, renuncia á sus derechos de tal. Estos socios tienen voz, pero no voto, en las deliberaciones de la Sociedad, y pagarán las cuotas que marca el art. 40.

Art. 15. Son socios corresponsales todos los no residentes en Madrid que acrediten pertenecer á cualquiera de los círculos espiritistas nacionales ó extranjeros, y además los que llenen las condiciones que se fijan en el art. 8.º.

Art. 16. Cuando los corresponsales trasladen su residencia á Madrid, podrán pasar á de entrada sin más requisito que el aviso prévio, y abono de las cuotas de ingreso y mensuales.

Art. 17. Las diferencias nominales de los socios no tendrán más alcance que el de clasificarles; pero todos son iguales en consideracion.

Art. 18. Cada socio recibirá al ser nombrado la tarjeta de presentacion y un ejemplar del Reglamento á cambio de un recibo, que se canjeará si deja de ser socio por los documentos citados.

Art. 19. El socio que residiendo en Madrid dejase de asistir á cuatro sesiones consecutivas sin prévio aviso, se entiende voluntariamente separado de la Sociedad.

Art. 20. La cualidad de socio se perderá por voluntad, por satisfacer las cargas de la Sociedad con más de un mes de atraso, ó por actos que merezcan el que la Sociedad acuerde su expulsion; este último sensible caso no tendrá lugar sino cuando el socio sea una perturbacion notoria para la marcha de la misma.

CAPÍTULO III.

DEL CONSEJO DIRECTIVO.

Art. 21. El Consejo directivo se compondrá de un Presidente y ocho vocales, cuyos cargos serán Vicepresidente, Secretario general, Contador, Tesorero, dos Secretarios de comunicaciones y dos de actas.

Art. 22. La eleccion de los cargos se hará en votacion secreta y por mayoría relativa.

Art. 23. La duracion de los cargos será de un año, pudiendo ser reelegidos indefinidamente.

Art. 24. Las atribuciones de cada uno de estos cargos serán las que indican sus denominaciones, á más de las que señala este Reglamento.

Al cargo de Secretario general es inherente el título de Presidente honorario.

Art. 25. El Secretario general tendrá á su cargo la secretaría del Consejo directivo, la Biblioteca, el Archivo, la direccion de las oficinas, el sostenimiento de las relaciones de la Sociedad con las nacionales y extranjeras y los espiritistas que entablen correspondencia con ella; autorizando tambien con su firma, en union del Presidente, todas las comunicaciones y documentos de la Sociedad.

Art. 26. El Consejo directivo elegirá entre los socios, cuando lo juzgue necesario, una comision permanente coadjutora.

Art. 27. Podrán nombrarse uno ó varios Presidentes honorarios, cuando la Sociedad lo juzgue oportuno, siempre que esta distincion recaiga en individuos que por sus relevantes méritos ó trabajos en pró del Espiritismo sean acreedores á ello.

Art. 28. El Consejo directivo, además de ocuparse de los asuntos administrativos de la Sociedad, debe examinar los trabajos y temas de estudio que propongan los socios, para aprobarlos ó desaprobarlos, preparar las sesiones y fijar su órden.

CAPÍTULO IV.

DE LAS SESIONES.

Art. 29. El Consejo directivo se constituirá en sesion ordinaria una hora ántes de la apertura de los estudios para el exámen de los asuntos corrientes. Tambien celebrará las extraordinarias que estime oportuno. Para la celebracion de unas y otras bastará la asistencia de cuatro individuos.

Art. 30. En las sesiones de la Sociedad reinará el órden y recogimiento más completos: las cuestiones se tratarán con gravedad y respeto, absteniéndose los concurrentes de cambiar de sitio, fumar, entablar diálogos ó distraer en modo alguno la atencion. Cada socio tendrá su asiento, que permanecerá vacío en su ausencia.

Art. 31. Todas las cuestiones que se traten tendrán por objeto el bien y adelantamiento universal, quedando terminantemente prohibida toda evocacion particular ó pregunta pueril, inoportuna ó que tienda á someter á pruebas á los Espíritus.

Art. 32. Cada socio tiene derecho á presentar por escrito al Consejo directivo las preguntas ó cuestiones que desee, no saliendo de las condiciones que expresa el artículo anterior; pero sometiéndolas al exámen del Presidente, quien, en uso de sus facultades, puede admitirlas ó suspenderlas con absoluta libertad en el momento, dando cuenta, caso de negativa, en la sesion inmediata.

Art. 33. El Consejo directivo nombrará cada mes tres socios encargados de la comprobacion del derecho de entrada de los individuos en el local de la Sociedad.

Art. 34. Las sesiones de estudio ú ordinarias se verificarán todos los sábados, siendo su órden el siguiente:

1.° Lectura y aprobacion del acta en la sesion anterior.

2.° Despacho ordinario.

3.° Lectura de las comunicaciones obtenidas en la última sesion.

4.° Lectura y comentario de alguna obra de Espiritismo ó comunicaciones instructivas.

5.° Evocacion del Espíritu protector de la Sociedad para que designe los que hayan de comunicarse entre los que lo deseen ó sean llamados.

6.° Ejercicios para el desarrollo de las diversas facultades medianímicas.

7.° Disertacion medianímica sobre un punto de doctrina.

8.° Evocaciones de Espíritus determinados para el estudio de asuntos de interés general, y las particulares autorizadas por el Consejo.

9.° Accion de gracias á los buenos Espíritus que hayan ayudado en los trabajos.

Art. 35. No se podrá leer en las sesiones ninguna comunicacion obtenida fuera de la Sociedad, sin la aprobacion prévia del Consejo directivo. En el archivo quedará copia de todas las comunicaciones que se lean en las sesiones.

Art. 36. Tambien habrá sesiones administrativas, que se celebrarán una vez cada año, para dar cuenta de la gestion de los asuntos é intereses sociales, y siempre que sea necesario para la eleccion de los cargos del Consejo ó cualquier otro asunto de régimen interior que pueda presentarse, por acuerdo del Consejo directivo, ó peticion firmada por cinco socios.

Art. 37. A las sesiones administrativas sólo pueden asistir los socios. A las ordinarias ó de estudio podrán concurrir los Espiritistas de las provincias ó del extranjero, mediante un permiso especial del Presidente, del que dará conocimiento á la Sociedad. Los oyentes no podrán entrar en el local una vez empezada la sesion.

Art. 38. Todo acuerdo tomado treinta minutos despues de la hora de la citacion á las sesiones, será válido, cualquiera que sea el número de los socios asistentes.

CAPÍTULO V.

DISPOSICIONES GENERALES.

Art. 39. La falta de asistencia de un socio á las sesiones, sin prévio aviso, se multará con la cantidad de 2 rs., y la de puntualidad, entendiéndose ésta el retraso de más de treinta minutos, con la de uno.

Art. 40. Para atender á los gastos sociales, contribuirán los socios residentes con la cuota mensual de 10 rs., y los de entrada con la de 8, abonando éstos á su ingreso la de 40.

Art. 41. Todo socio tiene derecho á proponer el ingreso en la Sociedad de su esposa, hija, madre ó hermana; y caso de acordarse la admision, sólo satisfará media cuota más mensual por individuo.

Art. 42. El año social empezará el dia 28 de Diciembre, aniversario de la fundacion de la Sociedad, destinándose para la eleccion de cargos la primera sesion del mismo mes.

Art. 43. La Sociedad reconoce como su órgano *El Criterio Espiritista*, fundado por Alverico Peron, destinándose el máximun de cuatro páginas

de dicho periódico á Seccion oficial, en la que se inserte lo que acuerde el Consejo directivo, á excepcion de los anuncios, que tendrán cabida en el lugar correspondiente. Dicho servicio es gratuito, y la Sociedad no responde sino de lo que se publique en esta seccion.

Art. 44. Si excedieran los ingresos de la Sociedad á sus gastos, se acordará en sesion administrativa su empleo, teniendo en cuenta el fin de la doctrina espiritista.

Art. 45. El Consejo directivo cuidará del establecimiento de cátedras públicas en el local de la Sociedad, explicadas por los socios residentes ú honorarios que lo soliciten y obtengan autorizacion del mismo.

Art. 46. Todos los individuos de la Sociedad le deben su concurso. Por tanto, se les invita por medio del Reglamento á recoger, en su círculo respectivo de observaciones, los hechos antiguos ó modernos que puedan tener relacion con el Espiritismo, y presentar su descripcion á la Sociedad, haciendo constar todos los datos posibles, á fin de acreditar su mayor ó menor autenticidad.

Quedan tambien invitados á llamar la atencion sobre todas las publicaciones que puedan tener relacion más ó ménos directa con el objeto de los trabajos de la misma.

Art. 47. La Sociedad hará un exámen crítico de las diversas obras publicadas sobre el Espiritismo, cuando lo juzgue á propósito, por medio de comisiones que nombrará *ad hoc* el Consejo directivo.

Art. 48. La Sociedad creará una Biblioteca especial compuesta de las obras que adquiera, que lo mismo que el Archivo podrán consultar todos los socios en el local de la Sociedad en los dias y horas que se señalen por el Consejo directivo.

Art. 49. Ningun socio podrá en sus escritos ó publicaciones tomar el nombre de la Sociedad sin prévia autorizacion, que no se podrá conceder sino despues del exámen crítico del escrito hecho en la forma que dice el artículo 47, y obtenida la aprobacion de la Sociedad.

Madrid 13 de Marzo de 1869.

Procedióse en seguida á la eleccion secreta de cargos, prescrita en el art. 21 del reglamento ya vigente, y del modo señalado en el 22 del mismo, resultando elegidos:

Presidente.

Alverico Peron.

Vicepresidente.

Vicente Torres y Gonzalez.

Secretario general.

Gabriel de Usera y Gimenez.

Contador.

Ladislao Kosiscki.

Tesorero.

J. Guilhen.

Secretarios de comunicaciones.

1.°—Mannel Gonzalez Ordoñez.
2.—Cárlos Segovia y Cabañero.

Secretarios de actas.

1.°—Diodoro Tejada.
2.°—Baldomero Villegas.

Hecha la eleccion de cargos, varios socios presentaron una proposicion en virtud de la cual pedian se confiriera una presidencia honorífica á ALLAN KARDEC, otra á D. ANTONIO MARÍA SEGOVIA y dos más á favor de los señores ALVERICO PERON y ANGEL ALONSO MARTINEZ, muerto este último siendo Vicepresidente de la Sociedad, proposicion que unánimemente y sin discusion fué aprobada, confirmando tambien el acuerdo anteriormente tomado de dejar vacante la silla de Vicepresidente que el último ocupó durante su vida.

Y finalmente, se dió cuenta de una comunicacion del Centro Espiritista de Sevilla, en la que cariñosa y fraternalmente saludaba y felicitaba á sus hermanos de la ESPAÑOLA DE MADRID, levantándose la sesion á las doce y media

El Secretario,

DIODORO TEJADA.

SECCION DOCTRINAL.

LA PLURALIDAD DE LAS EXISTENCIAS DEL ALMA CONFORME CON LA DOCTRINA DE LA PLURALIDAD DE LOS MUNDOS.

Opiniones de los filósofos antiguos y modernos, sagrados y profanos, desde los orígenes de la filosofía hasta nuestros dias.

POR ANDRÉS PEZZANI.

(*Continuacion.*)

No hay lugar á la duda en un alma virtuosa profundamente convencida de su inmortalidad. El dolor y la muerte pierden su aguijon, cuando fijamos los ojos en ese porvenir sin nubes ni manchas. Desempeñemos bien y de buen grado nuestro papel, y no acusemos á la Providencia por pretendidos infortunios que abandonaremos al dejar la máscara. ¿Es nuestra alma quien sufre y quien muere? No, no; es el hombre exterior, el personaje. Nuestra verdadera vida está en Dios y con Dios. No hay pensamiento real, sustancial, más que en el Eterno. No hay otra accion verdadera que el cumplimiento del deber. Sólo el deber es efectivo y cierto: el mal no es nada. ¿De qué te quejas, hombre? ¿De la lucha? Es condicion de la victoria. ¿De una injusticia? ¿qué es eso para un inmortal? De la muerte? Es la libertad.»

Ya hemos citado la opinion de los filósofos que piensan se puede demostrar la supervivencia del alma, pero que relegan la de la persona á la teoría de las probabilidades; hemos hecho ver que el problema así planteado era un contrasentido digno á lo más de M. de la Paliste. Que el alma sea inmortal es lo que no niega ninguno de los filosofos que admiten la existencia del alma: lo esencial, lo que importa saber, es si el sér persiste en la vida futura, si la individualidad se conserva eternamente. La sacion de la ley moral no existe sino á ese precio imperiosamente exigido. Acostúmbrase á dividir en tres categorías las pruebas de nuestra inmortalidad:

1.ª La prueba metafísica sacada de la unidad, deducida de la simplicidad del alma. Ya hemos dicho más arriba por qué desechamos esta prueba: no se aplica á la única dificultad del problema, que es la salvacion de la persona; y de aquí que no tomándola en cuenta absolutamente para nada, hagamos en adelante caso omiso de ella. No retenemos de esta prueba, que nos parece sin embargo verdadera, más que la posibilidad de la supervivencia personal.

2.ª La prueba psicológica, sacada de las facultades del alma, que parecen en su mayor parte, no tener destino en la tierra.

3.ª La prueba moral sacada de la necesidad de una sancion de la bondad y justicia divinas.

Nosotros concedemos gran valor á estas últimas pruebas.

¿Cómo podria ser, en efecto, que mientras todas las criaturas han recibido instintos conformes á su destino, y no pasando nunca el límite de la posicion á cada uno designada en la armonía del mundo, tuviese sólo el hombre deseos é instintos que en ningun tiempo serian satisfechos? ¿Por qué anomalía tan grande respecto de un sér el más noble de la tierra y cuyo imperio le ha sido repartido? El fin de la creacion es el progreso de cada uno; la libertad debe tender más y más hácia las perfecciones de tipo divino. Lo más claro é indudablemente lo mejor que en este género existe en cuanto al desarrollo de la prueba moral, son las páginas escritas por M. Darimon, en su *Historia de la filosofía del siglo décimonono*, de las que vamos á presentar algunos estractos. (T. II, *pág.* 308-316.)

M. Darimon habla de un hombre virtuoso sacrificándose oscuramente ó con ostentacion y esplendor. En el último acto de su libertad habrá dado su vida por su familia, su patria ó la humanidad, y más allá no tendria nada, perderia todo sentimiento, toda moralidad, todo medio de continuar haciéndose mejor. No habria adelantado más que para caer, sepultarse en la nada, él que aún tenia ante sus ojos tan bella perspectiva de perfeccionamiento, y así se le rehusaria proseguir mayor suma de bien, sería detenido en su ímpetu y

obligado á acabar en él, y todo esto por Dios, que no querria verle más y más perfecto. ¡Despiadados celos de un Dios que mandaria é impediria la obediencia, que impondria una ley y detendria su cumplimiento! ¡Qué absurdo! ¿cuál pues sería la idea del Creador para oponerse á que una criatura se hiciere lo mejor posible, y trabajare sin fin en su mayor pureza? O negad á Dios, y con Dios el órden, la razon y la justicia, ó admitid que el alma humana tiene por destino cesar de existir en el momento mismo en que ha hecho más, en que se dispone á realizar lo mejor para elevar su naturaleza.

Qué, si por el contrario, desconociendo el hombre su ley, infiel al deber que ha comprendido, pero olvidado y violado libremente, ha tenido una vida mala y culpable hasta el fin; si ha muerto sin arrepentimiento, hasta redoblando quizá sus vicios y corrupcion, antiguo pecador, endurecido, ¿todo ha acabado para él así que ha fijado su pié en la tumba? ¿No le sería preciso más que haber tocado al termino ó meta de sus crímenes y su carrera para escapar á toda justicia, á toda legítima expiacion? ¿Dónde estarian ahí el órden moral, la armonía natural que concebimos y sentimos entre el demérito y la pena, entre el mérito y la recompensa? Explícase cómo algunas veces falta en la tierra esa armonía; la sabiduría de los hombres es débil, está sujeta á la falibilidad; no posee siempre la voluntad ó el poder de esta equidad concienzuda, perspicaz y clara, que es el atributo de un sér perfecto. Pero suponer que la Providencia celeste, el principio de todo órden, ideal de todo bien, peca hasta el punto de dejar impune el mal, es concederle todo para rehusársele todo; es hacer de él un Dios que vale ménos que nosotros; porque importa mucho observar que castigar, castigar bien, es decir, hacer sufrir no por cólera y resentimiento, sino por razon y amor con el objeto y fin de conducir al bien y no de atormentar, es un acto de alta piedad, una virtud verdaderamente divina. Por el contrario, la impunidad eterna, el abandono del culpable en su funesta impenitencia, la ausencia de todo cuidado para sacarle del mal, serian una señal de abandono y de monstruosa indiferencia: sería perderle en la nada, en vez de abrirle por la expiacion un porvenir de bien y de felicidad.

La vida humana es una prueba. Cuando esta prueba no ha sido satisfactoria, ¿qué consecuencias debe tener?

Hé ahí una criatura que tenia que hacer su obra; merced á sus faltas no la ha hecho ó la ha hecho mal; ¿qué vale más en el órden de las cosas respecto de la belleza de esa vida y la perfeccion del poder que preside el universo: que esa criatura degradada se extinga irremisiblemente, y desaparezca en el seno del Sér completamente manchada por sus pecados, ó que, guardando el sentimiento, y persistiendo en su persona, posea, despues de esta vida, otra nueva destinada á la reparacion y á la expiacion? ¿Qué vale más razonablemente hablando: someterla no más que á una prueba que puede muy bien realizarse mal, como en el caso que examinamos, ó someterla á varias, entre las cuales una, aceptada al fin como debe serlo, salve al alma, que sin eso estaria perdida sin volver jamás? ¿La faltaria un momento en que tras muchos dias llenos de faltas, sintiera gran necesidad de encontrar ante sí un tiempo en que rehacerse ó tener la probabilidad de regenerarse, faltándola esta probabilidad y no sirviéndola de nada la eternidad? ¿Dónde estaria para Dios la gloria, dónde la sabiduría de sepultar en la nada, tras breves años, á un sér que indudablemente no está hecho para acabar como malvado? Seria desesperar de su obra, y Dios no debe desesperar. Desesperar es debilidad, y Dios es soberanamente fuerte. Jamás renuncia á lo mejor, porque tiene la omnipotencia. Ahora bien; seguramente es aquí lo mejor, que ponga en disposicion de levantarse al hombre que ha muerto ó caido en estado de vicio, y por consecuencia, que le llame á relaciones que sucediendo á las que tuvo en la tierra, le permitan empezar un nuevo ejercicio de moralidad.

Estas razones son más que suficientes para hacer admitir la inmortalidad en su sentido verdadero. Hubiéramos podido á nuestra vez frasear acerca de esta cuestion; pero hemos preferido servirnos del luminoso escrito de M. Darimon, y tomar de él estas páginas bien sentidas á la par que sencillas y verdaderas. Observad que el argumento más fuerte en favor de la inmortalidad está sacado de la necesidad de nuevas pruebas para la reparacion ó progreso del hombre.

No sé á ciencia cierta qué causa ha producido esa muchedumbre de materialistas que hay en todas las clases de la sociedad; preguntadles secretamente si no pueden concebir que la persona sobreviva á la disolucion del cuerpo.

«Ved, nos dicen, las plantas y los animales: nacen de un gérmen misterioso, crecen, perecen despues, y cuando llega el término marcado por la naturaleza, desaparecen para dar paso á otras. Las generaciones nuevas empujan hácia la muerte á las generaciones viejas; ¿por qué habia de suceder lo contrario con el hombre? La muerte es la única soberana de la tierra, de los infiernos; los elíseos de todas las religiones son quimeras en las cuales no creen los que las han inventado.»

El mal es más profundo é incurable de lo que se cree; y nosotros hemos encontrado esas almas escépticas, tanto en las más altas como en las más bajas esferas sociales. ¡Pobres almas, dignas de lástima por cierto!

Alterada la verdad, no encuentran en sí más que la duda, y todos nuestros razonamientos, indudablemente bellos y ciertos, son de ningun efecto para ellas.

En cuanto á nosotros, felizmente no tenemos ni áun sombra de duda. Seremos, porque somos. ¿Qué somos? Personas. Luego perpétuamente seremos personas. Nos sentimos provistos de cierta parte de causabilidad, de sustanciabilidad, y guardaremos, al desarrollarla, esta causabilidad y esta sustanciabilidad. Dios era soberanamente libre en crearnos ó no crearnos; una vez que en los consejos de su suprema sabiduría ha decidido llamarnos á la existencia, no podria anonadarnos, porque seria mostrar inconstancia, para servirnos de una magnífica expresion de Malebranche, y Dios es inmutable. Si nos ha dado vida es porque ha querido, y su voluntad es enteramente perfecta y completamente santa. ¿Acaso iria á arrepentirse de sus obras y á retirarnos el sér que nos ha concedido? Creerlo seria concebir á Dios á nuestra imágen, y eso seria hacer un grosero antropomorfismo. El hombre es inmortal, porque es; la materia misma no perece; se disuelve para formar nuevos compuestos. La persona sobrevive completa y entera, porque es simple y una. A este argumento, que preferimos á los demás, le llamaremos prueba ontológica. Descartes ha dicho: «Yo pienso, luego existo.» Y nosotros diremos: «Soy, luego soy inmortal.»

Diversos autores han alegado otras pruebas de la inmortalidad del alma; cuyas pruebas, aunque no tengan el mismo valor filosófico que las precedentes, no por eso son de desdeñar.

M. Eugenio Pelletan, en sus *Horas de trabajo*, razona así:

«El hombre es un sér religioso; digo más: es religioso por esencia. El animal vive y muere, pero no sabe que vive ni que debe morir. El hombre sabe, por el contrario, que lleva una existencia, cuya existencia debe depositarla al fin de su carrera. Aunque no tuviera más que la nocion de la muerte, esa nocion le constituiria una grandeza aparte en la creacion. Mas ¿por qué poseer la confianza de su propio fin, si la tumba fuera la última palabra de su destino? Dios no le hubiera dado el conocimiento sino para hacer de él una larga muerte por anticipacion. El más bello don de su magnificencia seria entónces un verdugo íntimo, destinado á leernos y releernos incesantemente nuestra sentencia de muerte hasta el dia de la ejecucion, para verter en nosotros lenta, cruelmente, gota á gota, todo el horror. Nos habria concedido más, y no sé por qué ironía nos castigaria más y más con ayuda de su

mismo beneficio. El espíritu, así mirado, reflejo vivo de su divinidad, únicamente seria un refinamiento de suplicio. Esto no es, no puede ser, ó más bien esto no es ni puede ser más que una blasfemia. Dios ha puesto la muerte ante nosotros cual severo vigía que minuto por minuto ha de llamarnos á nuestro destino. Si el hombre no tuviera la presciencia de la muerte, resbalaria por el tiempo y huiria dispersado á cada soplo del azar sin trabajar un instante en hacer provision de eternidad. Pero la fosa está ahí, siempre abierta á su mirada. El hombre la ve, y el hombre no quiere morir; no puede, en virtud de su naturaleza, consentir en morir. Sueña y piensa entónces que su vida es algo más que la muerte, algo que hay más allá. Hace un esfuerzo para escaparse de la dispersion y entrar en la verdad de su destino.

»Luego si el hombre, único de los séres terrestres que tenga la idea de la muerte, sabe que debe morir, es inmortal.

»Un justo va á morir; es el más humilde quizá de su valle: siempre ha vivido entre los pequeñuelos, y no posee más riquezas que el trabajo de su arado. Jamás el viento ha llevado su nombre más léjos que el tañido de la campana de su ermita; pero ha practicado solitaria y modestamente la ley del deber. Ha practicado el bien en silencio, áun sin decir á la mano izquierda las obras ejecutadas por la mano derecha; pero nada de lo que hacia era perdido: el menor de sus pensamientos era, por el contrario, acogido por los ángeles del Señor. Ahora, acostado en su lecho de agonía, espera la última explicacion; y en ese momento supremo, Dios, inclinado desde el fondo del infinito sobre el rostro del moribundo, con todos sus soles y todos sus siglos alineados en torno suyo y en formidable respeto, recibe aquel espíritu, ya divino, y le coloca ante sí cual un mundo nuevo, vestido en su virtud con más esplendor que la estrella del espacio y la flor más pura del valle.»

Y en la *Profesion de fe del siglo* XIX, añade:

«Y de pronto, ese cuerpo, caido en la muerte, se trasforma en sagrado como si el dedo de Dios le hubiera tocado. Diríase que era el altar ya extinguido del sacrificio, cuya llama se ha remontado al átrio celeste. ¿Por qué ese respeto hácia el destrozado molde del hombre, si el hombre no ha de ser en el desenlace de la vida más que un poco de basura, un puñado de lodo? Ese respeto es involuntario, imperioso, de todos los tiempos, de todas las naciones. Forma parte del alma humana, ha nacido con ella, y con ella vive como un elemento constitutivo de su esencia. Si es un error, un error es tambien el alma. Preciso es, pues, escoger: ó la nada, ó el hombre es una mentira. Así planteada la cuestion, está resuelta; la inmortalidad está probada.»

Esta última argumentacion, deducida del respeto que el alma humana profesa á los muertos, ha sido desarrollada por M. Guizot en las *Meditaciones morales*, y por monsieur Ronzier-Joly en sus *Horizontes del cielo*.

Nosotros aceptamos todas estas pruebas. Cuando una proposicion es verdadera, todo se concierta para establecerla, y no hay un solo hecho que, bien interpretado, no pueda venir en su ayuda y ponerla en una luz más viva.

¿Cuál es el fin del hombre si no es la perfectibilidad? Pues bien; la perfectibilidad es hija del trabajo. El progreso ha alcanzado el laurel del combate. Incesantemente desea el hombre, y desea la felicidad. ¿Se fijará en su marcha progresiva y contínua en un punto del espacio? No, porque más allá hay otro mejor, y á ese mejor es al que dirige todas sus miradas. A él tiende con todas sus facultades, con toda la energía de su alma, con todas las aspiraciones de su corazon, y va hácia Dios, su soberano bien, el bien por excelencia á la par que la felicidad suprema.

Una creencia en la otra vida; una creencia para todos los infortunios, para todos los corazones amantes, para todas las abnegaciones ignoradas, para todas las afecciones

incomprendidas ó desgraciadas, para todas las esperanzas decaidas; una creencia en la otra vida, á fin de que todas las condiciones de dicha y de amor puedan realizarse, á fin de que todo mérito tenga su remuneracion, todo trabajo su salario; á fin de que todas las aspiraciones de los que aman, lloran, ruegan, rezan, no queden sin satisfaccion; á fin de que el sacrificio, cualquiera que sea, hecho con buena intencion, encuentre su recompensa. *(Horizontes del cielo.)*

La Providencia de Dios y la inmortalidad del alma se implican mútuamente, se confunden en un mismo pensamiento, son una de otra irrefutable prueba. Dan cuenta de la incesante necesidad de dicha que nos agita y nos anima; responden á esos movimientos íntimos, profundos, que llevan hácia la patria desconocida los arrebatadores impulsos de nuestros deseos; porque todo nos dice que este mundo que atravesamos no es sino el alto de un dia, y nuestros corazones llenos de esperanza vuelan más allá de los horizontes para alcanzar esa felicidad durable que vanamente buscamos en este planeta.

La justicia es un atributo de Dios; y esta justicia, de la que apenas vemos en la tierra sino palidísimos reflejos, basta para garantizarnos la persistencia despues de la muerte.

Un razonamiento sacado de la naturaleza y esencia del alma, que, por su parte intelectual, está hecha á imágen de Dios y reproduce su semejanza, constituye el fondo de la demostracion de Porfirio en su *Tratado del alma*, cuyos fragmentos nos han sido conservados por Eusebio. Citemos un magnífico pasaje, sacado del libro XI, cap. XXVIII, de la *Preparacion evangélica.* Hé aquí las mismas expresiones del filósofo neoplatónico:

«Preciso es discutir largamente para demostrar que el alma es inmortal y está al abrigo de la destruccion (1). Pero no hay necesidad de tan sábia discusion para establecer que de todo lo que poseemos el alma es lo que tiene más analogía con Dios, no solamente en razon á la actividad constante é infatigable que nos comunica, sino tambien á causa de la inteligencia de que está dotada. Esta observacion es la que ha hecho decir al filósofo de Crotona (Pitágoras), que siendo el alma inmortal, la inercia es contraria á su naturaleza, como lo es á la de los cuerpos divinos (astros). Que se medite una sola vez, pero detenidamente, en la esencia de nuestra alma, en la inteligencia que en nosotros preside, quien provoca frecuentemente reflexiones y deseos de una naturaleza tan levantada, é inmediatamente nos persuadiremos de la semejanza que con Dios tiene nuestra alma. Si se hace ver claramente que el alma humana es la que entre todas las cosas tiene más semejanza con Dios, ¿qué necesidad hay de recurrir á los demás argumentos para demostrar su inmortalidad? ¿No basta poner ante los ojos esta prueba que tiene un valor particular, para convencer á las gentes de buena fe de que el alma no participaria de los actos que convienen á la divinidad, si no tuviese una naturaleza divina? En efecto; contemplad al alma: está sepultada en un cuerpo perecedero, disoluble, desprovisto por sí mismo de inteligencia, que no es por sí mismo más que un cadáver, que sin cesar tiende á corromperse, á dividirse y á perecer; sin embargo, ella le pule, le informa y mantiene sus partes unidas y conjuntas. Da pruebas de una esencia divina, aunque esté incomodada y asaz asediada por esa envoltura mortal; ¿qué seria, pues, si por el pensamiento se separase ese oro de la tierra que le cubre? ¿No enseñaria entónces el alma muy claramente que su esencia no se parece más que á la de Dios? Por este solo hecho de que hasta en su existencia terrestre participa de la naturaleza de la Divinidad, á la que continúa imitando por sus actos, que no está disuelta por la envoltura mortal dentro la cual se halla aprisionada, ¿no hace ver que está al ábrigo de la destruccion?

(1) Porfirio hace aquí alusion al argumento de los contrarios que excitó en la antigüedad tan viva y larga controversia. (Véase M. Cousin, *Fragmentos de filosofía antigua*, pag. 410.)

»El alma parece divina por la semejanza que tiene con el sér que es indivisible, y mortal por sus puntos de contacto con la naturaleza perecedera. Segun desciende ó se eleva, así tiene las apariencias de ser mortal ó inmortal. Por un lado hay hombres que no tienen más ocupacion que la buena mesa, como los brutos; por otro hay hombre que por su talento salva el buque de las tempestades, ó devuelve la salud á sus semejantes, ó penetra la verdad, ó descubre el método que conviene á cada ciencia, ó inventa señales de fuego, ó echa horóscopos, ó merced á las máquinas imita las obras del Creador. ¿No ha imaginado el hombre, en efecto, la representacion en la tierra de los siete planetas, imitando por movimientos mecánicos los fenómenos celestes? (1) ¿Qué no ha inventado el hombre manifestando la inteligencia divina que encierra dentro de sí mismo? En verdad que esto prueba, merced á sus atrevidas concepciones, que es verdaderamente olímpica, divina y completamente extraña á la condicion mortal; y, sin embargo, á consecuencia de su apego á las cosas terrenales, apego que la hace incapaz de reconocer esa inteligencia, el vulgo, pronunciándose en favor de las apariencias exteriores, está en la persuasion de que es mortal. Los partidarios de esta especie no tienen, en efecto, más que un medio de consolarse: su embrutecimiento; fundarse sobre las apariencias exteriores y groseras para atribuir á los demás la misma bajeza, y persuadirse así de que todos los hombres se asemejan, tanto interna como externamente. Las pruebas sacadas, ya sea de las concepciones intelectuales, ya de la historia, incontestablemente demuestran que el alma es inmortal.»

Si Porfirio hubiera vivido en nuestros dias, ¿qué no hubiera dicho de las maravillosas invenciones que más que nunca dan testimonio evidente de la divinidad del espíritu humano por su semejanza con Dios? ¿Qué no hubiera dicho tambien del materialismo abyecto, envilecido, y del culto innoble de las voluptuosidades doradas que son azote y plaga de nuestra época? Dejamos á nuestros lectores en completa libertad de hacer todas las adiciones posibles al texto de Porfirio, fundadas las más de las veces en incontestables realidades.

Bien claramente se ve que Porfirio añade á las pruebas del orígen divino del alma la que está sacada, siempre en favor de su inmortalidad, del consentimiento universal de todos los pueblos. En una obra histórica, como lo es esta, conviene mucho insistir en ello, y tal es lo que vamos á hacer.

FIN DE LA INTRODUCCION.

Traduccion de
DIODORO TEJADA.

(1) Porfirio alude con estas palabras á la esfera de Arquímedes.

EVOCACIONES PARTICULARES.

SESIONES SECRETAS DE ESTUDIO.

SOLUCION DE CONTINUIDAD.

Medium M. P. y B.

¿Pudo Dios hacer el más ó el ménos?

No: que Dios no hace sino el todo y el todo perfecto.

Dios que era en el infinito, pero que era sabiéndolo, necesitaba para su amor séres que necesitasen saberse, séres cuyo secreto poseyese él eternamente.

Era el sér que amaba, el sér que pensaba, y su pensamiento amante formaba séres que amasen su ideal para siempre verle.

Dios, pues, amante y siente era amando, y por eso necesitaba formar lo que pensaba.

¿Qué hacia con hacer séres si éstos no se veian? Séres cuyo sér llegase más allá que su pensamiento, séres que pasasen la vida moviéndose en sí eternamente sin llegar al fin.

El pensamiento revolviéndose eternamente en el sér.

El ser cuya esencia realizase en él.

No: Dios necesitaba formarse.

Quiso, y los séres que fueron de una vez personales y completos, aquel infinito que se perdia, pasaba á ser un infinito que no se encontraba; aquella cantidad pasó á ser entidad.

¿Qué habia sucedido?

Que la perfeccion de Dios se habia manifestado de dos veces.

Que Dios hubiese dado su extension para limitarla, porque estirar lo finito no puede ser, jamás limitará lo infinito.

Dios fué, pues, manifestado en una perfeccion.

La perfeccion habia sido extensa, tenia que llegar á serlo. Habia sido la llama, era la chispa, tenia que volver á ser la luz.

Pero si Dios hizo chispa la luz, era para algo.

Era para mandarla á un mundo, y así la hizo pequeña, para que entrase en el infinito humano, que no es sino lo finito de lo divino; pero si en Dios puede empezarse por lo más, en la creacion no es así, porque por perfecto que fuera un sér, no podia hacer que lo que él no ha entendido jamás, pueda entenderlo. Lo divino, lo sobrematerial puede el espíritu conocerlo intuitivamente; pero la creacion no puede comprenderse sin estudiar la materia, y estando ésta fuera del espíritu ha de entrar en ella; pero como es extensa tiene que estar creciendo, y si hay más y ménos, por lo ménos que haya ha de entrar ó comprenderá lo ménos; sin comprender lo más, no comprenderá todo.

En toda la creacion ha de ir entrando el espíritu, porque el espíritu no puede estar en la materia: la luz sale por todo cuerpo donde entra; así que el espíritu anima sucesivamente la creacion.

La vida no es sino una prueba de divinidad: si Dios no fuese perfecto, temeria que el progreso llegase á él; pero siendo perfecto, deja la perfeccion al alcance de todos; pero como está el infinito por medio, no llega más allá.

Por más que él tienda los brazos, los séres sólo le alcanzarán desde léjos.

La creacion es, pues, la escuela donde el espíritu aprende á ser: no se es justo sin haber estado debajo, si no se es perfecto: sólo Dios que ha estado solo, puede ser justo sin haber estado debajo.

Por eso el espíritu estará todo lo debajo que pueda estar para poder estar á tal altura, que las quejas que á él lleguen pueda contestar:

«Sufre como yo, y serás como yo.»

—¿Quién eres?

—Soy el discípulo predilecto de Sócrates.

EL ESPÍRITU DE XENOFONTE.

SOCIEDADES ESPIRITISTAS.

SOCIEDAD ESPIRITISTA ESPAÑOLA.

COMUNICACION DE VICENTA SOBRINO, EVOCADA EL MISMO DIA DE SU EJECUCION.

En el nombre de Dios Todopoderoso, y mediante su voluntad, ruego al Espíritu de VICENTA SOBRINO que venga á comunicarse.

El medium, con bastante dificultad, escribió en el papel y con caractéres apenas legibles.

Vicenta Sobrino.

P. ¿Te reconoces ya muerta?

R. Apenas lo creo.

P. ¿Reconoces tu crimen?

R. Es más fácil que convencerme de mi muerte.

P. ¿Estás arrepentida de él?

R. Lo estaba ya.

P. ¿Cuál es ahora tu estado?

R. El de un culpable que vé el mal que ha hecho.

P. ¿Creias en Dios?

R. Si fuera posible decirlo así, á veces.

P. ¿Sabias escribir?

R. Supe firmar.

Por el pronto no veo sino que tengo que expiar varias faltas.

Al principio de mi causa, la esperanza de salvarme me hizo mentir. Esa causa desapareció luego, cada vez más: la fuerza de las circunstancias me hizo retirar todo lo falso que habia dicho.

La separacion del espíritu de la materia, decretada por los hombres, no produce el mismo efecto que la muerte natural.

El tiempo que ha durado la causa ha sido para mí un tiempo de preparacion. La esperanza de no ser castigada con la pena de muerte no se fortaleció nunca en mi mente.

Desde el momento de hacer el crimen, no se separó de mí el espectáculo que os he ofrecido hoy.

Os veo como mis iguales, en cuanto á facultades dependientes exclusivamente de la materia.

Espíritu de VICENTA SOBRINO.

La elevacion de la comunicacion nos hizo prever que algun espíritu superior la habia ayudado; así es que rogamos al espíritu que la habia ins-

pirado que se comunicase, y lo hizo en los términos siguientes:

Un dia, dos hombres disputaron sobre la tierra por un pedazo de orgullo ó un grano de avaricia; de su lucha brotó un espíritu libre. Era el primer asesinado. Los hombres entónces no se creyeron con derecho á repetir un crímen, y Dios fué el que sólo castigó al criminal. Un dia despues, los hombres se miraron á la cara y dijeron: nosotros somos hijos de Dios; ¿por qué no castigaremos como nuestro padre? Y se juntaron y escribieron un código y dijeron: ojo por ojo, diente por diente, vida por vida, asesinato por asesinato. Entónces, cuando un hermano estorbaba, el hermano decia al juez: «mi hermano mató á un inocente, mi hermano debe morir;» y tomó el puñal la figura de un hacha, y el bosque se unió, se redujo y se levantó en tablado. Hé aquí la pena de muerte. Cuando los hombres se avergonzaron de ser asesinos, se llamaron verdugos: cuando una causa grande tuvo un buen defensor, siempre encontró la envidia quien la defendiera de su objeto envidiado. Desde Sócrates á Juana de Arco, han tenido en toda la historia jueces como vuestro desdichado amigo.

JAZMIN (POR JEANNE D'ARC.)

CÍRCULOS PRIVADOS.

P. ¿Qué espíritu nos habla?

R. Soy Balmes.

P. ¿Quieres decirnos tus ideas actuales acerca del poder temporal?

R. Con mucho gusto; hélas aquí:

Dice el catolicismo: El Papa es infalible.

Vamos á examinarlo: si es así, ¿cómo á diferentes Papas suceden diferentes pensamientos?

Yo puedo afirmar la infalibilidad asentando este hecho:

¿Por qué tienen hoy ménos fuerza las excomuniones? ¿Porque son injustas?

No: porque mucho más lo eran las que condenaban á entredicho un pueblo por el pecado de un rey.

¿Es porque se cree ménos?

No. Es que con las excomuniones ha sucedido lo que con todo lo que se desnaturaliza á fuerza de aplicarlas sin el debido comedimiento y prescindiendo de épocas y épocas.

No se puede ser á la vez juez y defensor. No se puede ser rey y sacerdote. No se puede ser igual y superior. El primer altar no fué trono, fué un pesebre.

El Papa es la cabeza de la Iglesia; pero esa cabeza no era de oro, era de piedra; no tenia corona.

Yo quiero para el Papa un trono basado en el amor de sus súbditos; un reino sin inquisicion ni guardias: quiero que el Papa tenga por escudo no una tiara, símbolo del supremo orgullo; quiero que sea respetado por el amor, no por la fuerza. Donde concluye el amor concluye el respeto. Un hijo puede ser todo lo malo posible; mientras ama á su padre lo respetará.

¡Ay del padre que no se haga amar de sus hijos!

Quiero para el Papa un trono, sí; pero que no sea una usurpacion. No quiero que al condenar el Papa la usurpacion le arrojen á la cara que los mayores usurpadores han sido siempre los Papas. Fuera del Estado cedido al Papa por Pipino, lo demás es usurpado por medio del veneno de los Borgias ó el puñal de los Orsinis.

Si el Papa ha poseido algo, ha sido quitándolo de donde ha podido, abrogándose un derecho que no tiene de poner y quitar reyes.

En buen hora que lo hiciera cuando los reyes eran representantes de Dios, no cuando los reyes son ungidos con el santo óleo de la bendicion de sus pueblos.

Quiero el Papa libre en una isla, no en el centro de la Europa, obedeciendo hoy á la presion de Francia, mañana á la de España, como nave zozobrante que se acoge á todos los puertos.

Si Francia sostiene hoy ese trono, es porque eso sostiene el trono francés; si no, no lo haria.

Si Austria lo hizo ayer, es porque el Papa excomulgaba á los infelices venecianos si suspiraban por la libertad.

Si Cárlos V le sostuvo, fué porque le coronara rey del mundo.

Miéntras el Papa no se apoye en su pueblo y en su amor, el Papa no será grande, no será digno de regir á la que dirigió al mundo.

No quiero que el Papa sea tampoco un poder no respetado que esté vagando por el mundo, no: quiero un Papa rey; pero rey..... de amor y de caridad.

BALMES.

SECCION DE MAGNETISMO.

Parálisis del ojo.

XXIV. El magnetizador abrirá con ambos pulgares los párpados del magnetizado, fijando sobre él la mirada durante un minuto próximamente, y despues le echará flúido en los ojos. Para asegurarse de que ha conseguido el objeto apetecido, le bastará reparar en el aspecto vidrioso del ojo, la impasibilidad del nérvio óptico poniéndole delante una luz, y en la catalepsia de los párpados.

Parálisis del olfato.

XXV. Se dan algunas pasas, empezando por el cerebro y terminando en la nariz, donde se colocarán las manos reuniendo los dedos, y con la mano vuelta hácia abajo despues algunas insuflaciones calientes en la nariz. Bastará para asegurarse darle á oler el álcali volátil ó azufre en combustion, y ver si lo resiste sin apariencia de sensacion desagradable.

Parálisis de la lengua.

XXVI. El magnetizador se colocará en frente del magnetizado, y empezará por una ó dos pasas que, partiendo del cerebro y pasando por las orejas, llegarán hasta la mandíbula, donde se detendrá colocando las dos manos con los dedos reunidos: despues se llegará hasta la boca (que se le hará entreabrir al magnetizado), se le echará flúido una ó dos veces, y á la entrada de la boca se colocarán los dedos reunidos añadiendo la insuflacion caliente.

Catalepsia general.

XXVII. Despues de haber operado la catalepsia de los brazos y las piernas, se produce la catalepsia general atacando fuertemente el cerebro por medio de algunas pasas por delante del magnetizado, hasta el epigastrio, y lo mismo por detrás, despues el cerebelo á lo largo de la espina dorsal con descargas parciales sobre diferentes músculos alrededor del cuello, los brazos y las piernas.

CAPÍTULO IV.

Atraccion.

XXVIII. Despues de dormido el magnetizado, para atraerle hácia sí el magnetizador, en cualquier direccion, arrojará sobre su epigastrio varias veces el flúido con violencia, despues cerrará las manos y se las acercará al cuerpo el magnetizador como si tirase de unos cordones invisibles que sujetasen al magnetizado.

Si el magnetizado lo está realmente, le seguirá por fuerza, vaya donde vaya; más aun, arrollando cuanto se le presente al paso (1).

Insensibilidad total.

XXX. Se emplea para conseguir la insensibilidad total, igual procedimiento que para la catalepsia general, con la diferencia de que es preciso cargar más de flúido el sugeto, haciéndole insuflaciones calientes desde la cabeza hasta los piés. En este estado de insensibilidad se puede pinchar y quemar las carnes del magnetizado sin que sienta el menor dolor. En este estado resiste hasta descargas eléctricas, que hacen más efecto que al magnetizado, á un cadáver (2).

Insensibilidad parcial.

XXXI. No hay más que descargar una parte del sugeto sometido á la experiencia anterior, y la parte descargada será sensible.

Éxtasis ó estado estático bajo la influencia de la música.

XXXII. Hay dos clases de éxtasis: el espontáneo y el producido por el sueño magnético.

¿Qué es el primero?

La muerte: no la muerte descrita por Platon; una especie de arrobamiento del espíritu, apareciendo en toda su majestad; un estado en que el alma desprendida de la materia la domina en vez de dejarse dominar por ella, y en que semejándose á los ángeles ó espíritus puros, los estáticos poseen facultades maravillosas que llenan de entusiasmo á los hombres que las estudian sin haber llegado aún á comprenderlas.

XXXIII. El éxtasis provocado magnéticamente tiene mucha analogía con el éxtasis espontáneo: los armoniosos compases de la música, producen en el sonámbulo mágicos efectos; se les ve estremecerse, levantarse, obedecer irresistiblemente al encanto de la armonía de que todo su sér aparece poseido. Se observa en ellos una

(1) En Tolosa hice la prueba de salir precipitadamente y cerrar la puerta con llave. La sonámbula la abrió golpeando con cabeza, piés y manos.

(2) Puede hacerse la prueba haciendo coger los cilindros á una persona no magnetizada, y con dificultad resistirá dos descargas sin caer al suelo y cortarla.

privacion absoluta de la palabra, y una imposibilidad absoluta de comunicacion ostensible hasta con el mismo magnetizador.

XXXIV. Si la música es religiosa, provoca actitudes de humildad, de oracion, de devocion hácia el Creador.

XXXV. Si es alegre, provoca deseos de bailar. Si guerrera, despierta instintos belicosos y actitud marcial, y al cesar la música el sonámbulo estático se queda en la postura en que le cogió la última vibracion.

XXXVI. Método.—Durante el sonambulismo, cargad el cerebro y haced despues pasar desde los ojos hasta el cerebro, subiendo por detrás el magnetizador, cargando mucho á fin de abrir los párpados, y seguid hasta que un rápido movimiento de ascension indique el éxtasis.

Sueño á distancia.

XXXVII. El magnetizador tiene que concentrarse mucho á fin de que la emision del flúido se haga con violencia. Debe poner los dedos en direccion que suponga está el sugeto, ó bien cruzará los brazos. El flúido entónces sale por todos los poros del cuerpo.

Trasmision de sensacion.

XXXVIII. Una persona que haya sido magnetizada varias veces, es la que únicamente puede conseguir que opere la trasmision de la sensacion.

XXXIX. Una vez magnetizado el sugeto, el magnetizador se pone á su lado y le coge la mano. Entónces, cuantas sensaciones quieran hacerse experimentar al magnetizador las siente el magnetizado, como pellizcarle en las piernas, en las orejas, etc. Esta trasmision de sensacion se presenta en algunos sonámbulos cuando empiezan á dar señales de trasmision de pensamiento.

Sensacion ó apreciacion de objetos magnetizados.

XL. El sonámbulo debe reconocer entre varias monedas las que están magnetizadas. Este experimento no debe fallar nunca; pero es preciso cargar bien de flúido los que se deseen magnetizar. Esto no es decir que los sonámbulos vean, sino que sienten el flúido sobre el objeto.

Vista del flúido.

XLI. Para que los sonámbulos vean el flúido de su magnetizador no es preciso que sean lúcidos. Todos los magnetizados ven el flúido de su magnetizador y le describen.

CAPÍTULO V.

Efectos psicológicos en el sonambulismo.

XLII. Entremos ya en la fase más bella del magnetismo, aquella en que el alma se muestra tal y como es, como un destello de la divina esencia. Pero ante todo advirtamos que no todos los sonámbulos llegan á poseer prodigiosas facultades.

XLIII. Por desgracia el estudio, la direccion que ha de darse á la lucidez para hacerla desarrollable, es un misterio para la ciencia. No se ha llegado aún á poseerle.

XLIV. Se llega á cierto límite, pero voluntariamente no se pasa de él ni áun se consigue que siempre tenga igual intensidad. Qué medios se han de emplear para que siempre se manifieste el alma con el intenso sello de espiritualidad, es desconocido hasta el dia.

XLV. Se desarrolla por sí misma y no puede la ciencia conseguir más que ayudarla en su desarrollo.

Trasmision del pensamiento.

XLVI. La trasmision del pensamiento es el primer fenómeno á que el cuerpo es completamente extraño. Este fenómeno suele confundirse con el de la lucidez. Para conseguir esta prueba se carga bien de flúido al sonámbulo, y concentrando el pensamiento, se desea que el magnetizado ejecute una cosa.

XLVII. Poco tiempo despues se levanta y hace lo pensado por el magnetizador.

Lucidez.

XLVIII. El magnetismo, por medio de la lucidez sonambúlica, levanta un pedazo del velo que nos oculta el mundo invisible. Es muy difícil conservar el sueño lúcido en su estado de fuerza. Cuanto más profundo es el sueño magnético, mayor es la lucidez. Entiéndese por sueño profundo el de incompleta insensibilidad, por hallarse los sentidos completamente cerrados á las impresiones exteriores.

XLIX. Para obtener la lucidez es necesario cargar mucho el sugeto y hacer profundas insuflaciones en lo superior de la cabeza, producir en él con firme voluntad un completo bienestar, una comunicacion directa ó indirecta con el objeto del experimento, excitando el amor propio del magnetizado la energía del magnetizador. En las primeras veces se ensayará la lucidez á cortas distancias y á través de pequeños obstáculos:

despues á distancias mayores ó por medio de conductores fluídicos (cabellos, pedazos de vestido ú objetos de la pertenencia del sugeto acerca del cual se desea utilizar la lucidez), hasta llegar, por último, *á la mayor distancia por sólo la comunicacion* con el flúido universal.

CAPÍTULO VI.

Magnetismo experimental.

Hay muchos experimentos, que más bien que una série de hechos magnéticos, son entretenimientos magnéticos. Son, no obstante, reales; pero carecen de utilidad positiva.

Indicaremos algunos de estos.

Objetos magnetizados.

Los sonámbulos que han sido magnetizados con frecuencia, pueden serlo indistintamente por objetos magnetizados; así es que cogiendo un pañuelo ó bebiendo un vaso de agua, un portamoneda al tocarlo, el sonámbulo se quedará magnetizado instantáneamente. Una fruta magnetizada, en el momento en que se la lleve á los labios le producirá el sueño magnético.

En fin, sea cualquiera el objeto, al tocarlo el sonámbulo sentirá el flúido y se dormirá.

Agua magnetizada.

Beber agua magnetizada, puede dormir al sonámbulo; pero su empleo es usado las más de las veces como medicamento para curar, dándole propiedades medicinales con la voluntad al magnetizarle.

Alteracion del gusto.

Un vaso de agua magnetizada tiene cuantos gustos quiere el magnetizador; así es que irá cambiando en café, leche, vino, etc.

Pesadez, ligereza, calor ó frio.

Este fenómeno exige cierto grado de lucidez, pues viene á ser el mismo de trasmision de pensamiento. Depende de la voluntad del magnetizador, pensar que sea una ú otra cosa.

Círculo magnético.

Cuando se traza un círculo magnético en el suelo para encerrar en él al sonámbulo, el efecto es diferente. Podrá haber trasmision de pensamiento; pero puede consistir en que haya una especie de atraccion que sujete al sugeto magnético en medio del círculo que con la voluntad le impedirá franquear.

El hecho es que este efecto no se produce sino en sonámbulos que se han magnetizado con frecuencia.

Cadena magnética.

Para dormir varias personas á la vez, se les hace sentar unas al lado de otras formando cadena, dándose las manos. Se toma el dedo pulgar de la primera, y se les invita á *todas* á mirar al magnetizador.

Generalmente, al cabo de algunos instantes, sienten ciertos efectos; pero cada eslabon de la cadena los experimenta diferentes. La persona más alejada del magnetizador será la primera que se duerma, y así sucesivamente. Esto parece que consiste en que las personas que se encuentran entre el magnetizador y la más distante, sirven de conductor al flúido y no experimentan efecto alguno, sino á medida que van saturándose las últimas.

Simpatías y antipatías.

El magnetizador debe empezar por sumergir al sonámbulo en un sueño profundo; y cuando lo haya conseguido, rogará á dos personas que se pongan á su lado dando una mano á cada una. Otra tercera persona dirá al oido al magnetizador, ó escribirá en una tira de papel, cuál de las dos personas debe serle simpática ó antipática.

El magnetizador entónces concentrará su pensamiento, y el sonámbulo, leyendo en su pensamiento, rechazará á la persona que quiera que le sea antipática, y abrazará á la que quiera que le sea simpática.

Sustraccion de flúido por otra persona que no sea la magnetizada.

Cuando se ha magnetizado á una ó varias personas, sucede algunas veces que detrás ó al lado del magnetizador hay otras personas, las cuales, áun ignorando el mismo magnetizador que están presentes, se duermen robando todo el flúido que el magnetizador trataba de comunicar á la persona que queria magnetizar.

Esto no puede explicarse sino por una gran sensibilidad nerviosa y una analogía íntima entre la constitucion de esta persona y el magnetizador.

Ha habido personas en muchas de mis sesiones públicas, que se han dormido sin haber sido magnetizadas ántes nunca, por robar el flúido que yo enviaba á mis sonámbulos.

En una sesion pública en Hamburgo, en Setiembre de 1854, y en que habia más de 1.500 personas en una gran sala, haciendo yo la prueba de dormir á distancia y en el acto á mis sonámbulas, una señora que me estaba observando con mucha atencion, cayó al suelo profundamente dormida. Algunas semanas despues, en Francfort, en la fonda en que paraba, y hallándome haciendo el experimento del éxtasis sobre dos sonámbulas, una señora parisiense que asistia por primera vez á mis experimentos, se levantó de repente de la silla, y dormida completamente y en estado estático, empezó como las dos sonámbulas á seguir el compás de la música y ejecutar los movimientos que aquellas mismas hacian.

Hinchazon del pecho.

Para operar este experimento de que soy el inventor, es preciso ponerse delante de la sonámbula que debe estar ya dormida, y cargarle violentamente el pecho y despues acercar las manos cerca del cuerpo, como para producir la atraccion. Los pases deben ser subiendo desde el abdómen hasta los pechos con objeto de recoger el flúido de las regiones inferiores y llevarlo á las superiores.

Entónces el flúido se reparte en los nervios, y las numerosas fibras de esta parte del cuerpo se dilatan triplicando y cuadruplicando el volúmen de los pechos, que en este estado se endurecen hasta el punto de parecer de mármol, quedando insensibles á la accion del hierro y el fuego (1).

Este experimento es de la mayor importancia, puesto que permite verificar una operacion de extirpacion del cáncer sin que la enferma sufra los horribles dolores.

La máquina eléctrica.

Para conseguir evitar la influencia eléctrica sobre la sonámbula, hay ántes que ponerla en estado de completa insensibilidad. Una vez obtenida la catalepsia, se cargan fuertemente los pulmones, el cerebro, el corazon y el epigastrio. Hay que cargar cuatro veces más al sonámbulo que para obtener la insensibilidad absoluta. Con esta precaucion y durante más de una hora, se le puede someter á la accion de una máquina capaz de matar á un buey.

(1) Es de advertir que no es que su dureza sea tal que no hagan en ellos mella el fuego y el hierro, sino que lo hacen sin que el sonámbulo experimente sensacion dolorosa.

CAPÍTULO VII.

Sueño magnético de los animales.

Se han hecho algunos ensayos sometiendo animales al flúido magnético. He obtenido resultados; pero con gran dificultad, llegando, sin embargo, á conseguir hacerlos insensibles á la picadura de una aguja.

Para dormirlos, se coloca el animal sobre las rodillas del magnetizador; con una mano se le coge una pata y con la otra se le hacen pases desde la cabeza hasta la mitad del cuerpo.

Pasado algun tiempo, la cabeza cae hácia un lado. Es señal de que duerme profundamente. Entónces se le cataleptizan las patas y se le pinchan. Ha de llegarse á convencer que está en tal estado de insensibilidad, que puede resistir el ruido de un pistoletazo tirado á su oido sin que esto le produzca la menor sensacion.

Se ha llegado á amaestrar toda clase de animales, y todos hemos visto animales sabios; pero lo que no es posible, sino por medio del magnetismo, es hacerlos insensibles al dolor.

Algunos magnetizadores aseguran que han magnetizado otra clase de animales, hasta los salvajes. Yo no lo he ensayado nunca, y creo que sólo los gatos sean susceptibles de magnetizarse, y sobre los que se puede ensayar con probabilidad de éxito.

CAPÍTULO VIII.

Magnetizacion de cuerpos inertes.

Todos los cuerpos inertes que existen en la naturaleza tienen más ó ménos flúido magnético; pero algunos poseen esta cualidad en mayor grado y presentan fenómenos excepcionales.

Indicaremos aquellos cuyas cualidades magnéticas se distinguen particularmente.

I. El ámbar, el lacre y otros resinosos, tienen además de su estado eléctrico, propiedades magnéticas particulares.

II. El hierro magnetizado artificialmente, se convierte en iman que adquiere propiedades análogas á las del iman natural.

III. El oro tiene propiedades magnéticas en alto grado.

IV. El agua es especialmente impresionable al flúido magnético; así, cargada de flúido, se convierte en luminosa y adquiere un sabor metálico sensible al paladar.

Una planta próxima á marchitarse, magnetizándola y regándola algunos dias con agua mag-

netizada, renace á la vida. Como prueba, puede tambien ensayarse á magnetizar una planta que esté al lado de otra y no se magnetice, y se verá que por efecto de la magnetizacion y el riego del agua magnetizada, la una será mucho más vigorosa que la otra.

En suma, el magnetismo empleado con discernimiento, es un remedio eficacísimo para toda sustancia orgánica.

CAPÍTULO IX.

Desmagnetizacion.

La desmagnetizacion se opera por grandes pasas longitudinales hechos por grandes rasgos desde el cerebro hasta los piés. Debe tenerse cuidado de sacudirse las manos con los dedos para quitar el flúido que se recoge en ellas.

Se puede reemplazar las grandes pasas (cuando no es la primera vez que se opera sobre el magnetizado) por pasas á lo largo hechas con una mano sola, soplando al mismo tiempo sobre la frente, los ojos y especialmente sobre la parte cataleptizada: y frotando de alto á bajo el miembro que se desee dejar libre, como cuando se quita uno el polvo del vestido con la mano. Si se trata de la boca á la nariz ó de las orejas, se harán pasas al lado de estos órganos, estableciendo una corriente de aire con las manos y atrayendo hácia sí el flúido por medio de movimientos repetidos y soplando además sobre el órgano.

Pero sobre todos estos medios materiales, es preciso contar en primer lugar con la voluntad del magnetizador, que debe bastar por sí sola para conseguirlo todo, cuando se trata de un sugeto sometido ya á su influencia.

Para esto el magnetizador debe recogerse con firmeza, contrayendo hácia dentro su epigastrio é invitando al sugeto á pensar en él.

Si en algunos casos excepcionales el despertar se hiciese esperar demasiado, se sacude al sugeto mandándole despertarse y se le sopla con más frecuencia y vigor en el rostro, no olvidando nunca que el magnetizador jamás debe perder su sangre fria ni la energía de su voluntad, porque si pierde la serenidad, neutraliza y anula su fuerza magnética. Si apurados estos medios el sonámbulo no despierta aún, se le echan algunas aspersiones de agua fria saturada de sal y vinagre, cuidando de echarlas con las puntas de los dedos.

Si esto no basta, darle á oler sustancias espirituosas y hasta amoniaco. Si el magnetizador, á pesar de todo, no consiguiese nada y viese que sus fuerzas desfallecen, llamará en su auxilio á otro magnetizador y le pondrá en comunicacion con el sugeto; éste le cargará para en seguida empezar á emprender la desmagnetizacion total, cuidando ante todo de descargar bien el cerebro y el epigastrio.

Pero fuerza es decir que teniendo la prudencia necesaria para no magnetizar al sugeto sino dos ó tres horas despues de haber comido y nunca en un estado de exaltacion por pequeña que ésta sea, y mucho ménos en estado de embriaguez (1), si se tiene cuidado de preguntarle con frecuencia si se encuentra bien, y observarle la respiracion y el pulso, el magnetizador, sin el menor esfuerzo, podrá operar la desmagnetizacion sin el menor peligro de ocasionar resultas graves ó desagradables.

CAPÍTULO X.

Peligros del magnetismo.

Como toda fuerza poderosa, como todo agente enérgico, el magnetismo, al lado de sus ventajas, tiene tambien sus peligros, ya para el magnetizado, ya para el magnetizador.

Hecha abstraccion de aquellas personas que cometen la imprudencia de ponerse á magnetizar sin conocer el método y los peligros de ignorarlo, sucede á un magnetizador experimentado encontrar un sugeto dotado de excesiva sensibilidad nerviosa, tal que provoque un principio de sofocacion que degeneraria en asfixia si en seguida no se procediese á poner el remedio, que consiste en descargar en seguida el epigastrio y los bronquios para restablecer instantáneamente la circulacion interrumpida en los órganos respiratorios.

El miedo produce algunas veces una congestion que puede llegar á ser peligrosa si con tiempo no se detiene la sangre que se precipita con fuerza en el cerebro.

Magnetizando á una persona que no haya concluido la digestion, y sobre todo si ha hecho algun exceso ó comido más de lo regular, se puede producir una congestion y la muerte casi instantánea.

Este es el escollo en que suelen naufragar los magnetizadores inexpertos, cuando por desgracia les sucede alguno.

El magnetizador tampoco está exento de peligros. Corre, en primer lugar, el de adquirir las enfermedades contagiosas que tenga el sugeto á

(1) En cualquiera de estos dos casos es fácil producir hasta la locura en el sugeto magnético.

quien magnetiza, sea por contacto ó por relacion. Es, pues, conveniente evitar el magnetizar á persona que padezca afecciones, tales como la sífilis y algunas otras.

CAPÍTULO XI.

Dificultades de las experiencias.

Fuera de las condiciones citadas al principio de este opúsculo para obtener el sueño magnético, hay otras que son no sólo poderosas, sino que llegan hasta á ser insuperables.

Magnetizar y obtener efectos es cosa fácil, cuando las condiciones necesarias se encuentran reunidas; pero eso no sucede siempre.

Ante todo es necesario advertir que de diez personas tomadas al acaso, no reunen las condiciones necesarias arriba de tres ó cuatro: algunas veces hay más; pero otras ni áun tantas.

Tampoco debe creerse porque la primera vez se obtenga el sueño magnético, que es resultado necesario obtener en las veces subsiguientes todos los fenómenos que hemos descrito.

Mucho es ya haber producido el sueño magnético en la primer sesion, y sólo á fuerza de magnetizaciones sucesivas, y habiendo llegado á conseguir apoderarse por completo del sistema nervioso del sugeto, se pueden producir todos los fenómenos descritos.

Tambien conviene advertir que las dificultades crecen á medida que es más numeroso el auditorio ante el cual se opera.

Si hay incrédulos, es preciso concentrarse más y tener una voluntad doblemente enérgica; porque las emanaciones de gran número de personas neutralizan mucho el flúido, sobre todo si hay gran número de incrédulos.

Una observacion muy importante es la de que para ser magnetizador potente, es preciso seguir un método de vida con gran régimen, absteniéndose entre otros y con especialidad de los placeres de los sentidos.

Las personas que han abusado de los licores fuertes, de los placeres materiales, ó de preparaciones farmacéuticas, como el ópio y los narcóticos, el mercurio, el arsénico y en general todos los venenos que se usan como medicamentos por la farmacopea moderna.

El flúido magnético no obra nunca sin producir efectos en el organismo.

Si se prueba á magnetizar un incrédulo, aunque él diga que nada ha sentido ó que tan sólo ha experimentado algunos síntomas vagos, si se le deja de desmagnetizar, no dejará de resentirse de insomnio ó de exaltacion de la sensibilidad.

CAPÍTULO XII.

CONCLUSION.

Cuando se magnetiza ante un público, por muy poco numeroso que éste sea, debemos hacer algunas recomendaciones.

En primer lugar, haced todas las experiencias con sencillez, sin exageracion, hablando lo absolutamente indispensable y sin hacer gestos.

No se debe nunca disputar acerca del valor de los experimentos: los hechos hablarán por sí mismos, y es del peor efecto empeñarse en imponer una creencia al que de ella no participa.

No todo lo que aparece contradictorio lo es; pero para demostrarlo seria preciso entrar en explicaciones acerca de los secretos que ocultan los pliegues del humano corazon, que no son propios de este trabajo.

Todo magnetizador de conciencia debe tener por único objeto en sus experiencias propagar el magnetismo, conseguir que lo adopten las corporaciones científicas y los médicos como medio curativo.

Queriendo evitar lo que tantas veces ha ocurrido á todos los magnetizadores, el sufrir decepciones, he dejado á un lado los fenómenos puramente psicológicos, y me he ceñido á los fisiológicos, como los más sencillos y los que pueden producir sobre todos los sonámbulos y casi sobre todas las personas extrañas al magnetismo. La utilidad de estos fenómenos es inmensa, puesto que aplicado el magnetismo á la cirugía pueden practicarse las operaciones más dolorosas sin la menor sensacion de dolor por parte del enfermo.

El magnetismo tiene grandes apasionados y grandes detractores. El tiempo se encargará de convencer á éstos de la realidad de los fenómenos que por su medio se producen.

He recorrido la Francia, la Turquía, el Egipto, la Grecia, la España, la Suiza y una parte de la Alemania, ofreciendo á la vista de todo el mundo fenómenos de sueño magnético, de catalepsia, de insensibilidad absoluta contra las picaduras, las quemaduras, las descargas eléctricas, haciendo respirar azufre y cal volátil.

He parecido inhumano, bárbaro á los ojos de algunas personas que, no reflexionando ó no queriendo reflexionar, ó mejor, que no conociendo el magnetismo, ignoraban que amortiguada por completo la sensibilidad del sugeto, no sufria éste

con mis inhumanas pruebas el más pequeño dolor, y que queriendo convencer de la utilidad que la ciencia médica podria recabar del empleo de este poderoso agente como auxiliar en las operaciones quirúrgicas, en las operaciones dolorosas, me he visto obligado á hacer algunas aparentes inhumanidades.

El magnetismo es una de esas grandes y sublimes verdades que la inteligencia humana rechaza á primera vista. Su inmensidad le causa tanto espanto como sorpresa.

Su razon vacila y prefiere negar á inquirir, profundizando sus misterios, que parecen destinados á subvertir las leyes que parece habia dictado la naturaleza como invariables. ¡Como si la naturaleza nos hubiera aún dicho su última palabra! ¡Como si la ciencia pudiera condenarse á eterna inmovilidad!

Vivimos en un siglo fecundo en descubrimientos: cada dia hace la ciencia nuevas conquistas de la mayor importancia y que admiran al mundo por su grandiosidad.

¡Constancia y fe! La verdad se abre paso á través de todos los obstáculos que se le oponen.

El magnetismo es una verdad. Su triunfo es seguro. Luchemos por su propagacion. La humanidad ha de agradecérnoslo como uno de los mayores beneficios que puede dispensársela.

REGAZZONI.

BIBLIOTECA ESPIRITISTA ESPAÑOLA.

UN SUEÑO FILOSÓFICO.

V.

LA REFORMA.

Aquella doctrina que vimos en los primeros siglos tan pura y tan sencilla, sufrió tambien la influencia de las ideas mundanas. Se hizo orgullosa; no le bastó una corona y ciñó tres á su sien. Se hizo tiránica. Olvidó que con mártires se habia hecho grande, á su vez hizo mártires tambien.

A doctrinas lógicas en sí, las hizo duraderas con sus suplicios, olvidando lo que puede la fe, en vez de procurar convencer, quiso ahogar, y lo que hizo fué provocar lo que trataba de precaver.

Llegó el siglo de la reforma.

La doctrina cristiana tenia ya adheridas á su brillante manto algunas partículas impuras. Al descender á la tierra se manchó de polvo y áun algunas veces de lodo, y tambien áun de lodo sangriento.

Admitió doctrinas que Jesús no habia predicado, y definió dogmas que su santo Maestro no habia definido, y no vió que al hacer esto daba márgen, á que *humanándose* en forma, la tomasen por humana.

Todos á una voz clamaron reforma, y ella convino en su necesidad, pero no la hizo, y entónces quiso hacer divino lo que ella habia inventado.

La predicacion de unas indulgencias, fué la gota de agua que hizo rebosar el vaso, y este no se derramó completamente por la voluntad de Dios.

Un hombre fogoso é instruido se dejó llevar por la corriente de la indignacion, y bien pronto el orgullo le llevó á fundar una nueva religion, aunque en el fondo con la misma filosofía. La reforma no es tan notable por ella, como por sus resultados.

Proclamando el libre exámen, dió lugar á la gran pleyada del siglo XVIII.

VI.

SIGLO XVIII.

Desde Descartes en el siglo XVII, hasta Voltaire á fines del siglo XVIII, está esa série de filósofos que tienen la celebridad moderna del escándalo.

Descartes es, en efecto, quizá el más grande de todos. Descartes reconstruye la filosofía sobre un nuevo principio. De su doctrina sólo se puede decir con el poeta: ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza! Grande es en efecto su doctrina, colosal su sistema; pero sus ideas no son aceptables como verdaderas.

¿Cómo hemos de tratar de refutar estos filósofos, si ellos mismos se encargan de hacerlo como el moderno Lamennais?

En la última mitad del siglo, Rousseau, D'Alembert, Diderot, palidecen cual estrellas ante el Sol del siglo.

Hablo de Voltaire.

Voltaire daria nombre á su siglo si no hubiera nacido en él el rey Luis XIV.

Filósofo Voltaire por instinto, poeta por nacimiento, es la encarnacion de su siglo. Como trágico vence á Racine y Corneille, como poeta

sobrepuja á todos, llega como filósofo donde nadie llegó.

En filosofía sólo hay dos extremos: no se puede ser sino semi-deista ó ateo.

Voltaire es deista y parece ateo.

El genio del hombre que se remonta demasiado, niega al parecer á Dios.

Porque á Dios, ó se le cree por la fe, ó se le niega por la razon.

La razon sin fe, parece atea.

Voltaire lo parece sin querer.

No cree, y como la creencia no se infunde, Voltaire parece ateo, porque su razon le niega á Dios y su fe no se le demuestra.

Creyendo sinceramente engañados á los hombres, se rie de ellos. Cree que va por el camino derecho, y se rie de los que rodean por su voluntad.

Algun tiempo cree sinceramente en Dios; pero piensa, y su pensamiento se le niega.

Voltaire es el Lucrecio del siglo XVIII.

Cree que hay dos principios que son gérmen de vida. Vida y generacion, destruccion y tendencia á la nada.

Voltaire es grande hasta en su error.

No sospecha que sin querer prueba á Dios, que eso que él toma por Dios, es el modo de Dios, y no el sér de Dios.

Él cierra el siglo XVIII, prepara la revolucion, y su papel concluye.

VII.

LA FILOSOFIA MODERNA.

Hemos recorrido á grandes pasos la historia del paso del pensamiento humano sobre la tierra en la antigüedad, porque de hoy más la antigüedad será todo lo anterior al vapor, á la electricidad, á la libertad política, esas grandes modalidades del siglo XIX.

Las épocas históricas se cuentan por los espacios de tiempo que trascurren entre dos hechos que cambian el modo de ser de la humanidad.

El libre exámen en el siglo XVI, podrá considerarse como un punto de division en la historia; pero ese grande hecho no ha sido más que la semilla que ha dado su fruto el año 1789.

Antes de la revolucion francesa, el mundo era de un modo dado, las relaciones humanas afectaban una forma determinada; desde entónces el mundo es de otro modo, la humanidad vive de manera distinta, la vida social ha reinado por completo, la relacion de individuo ó individua es distinta que era, todos los hechos humanos han tenido que variar. La filosofía, que no es sino la investigacion del hecho divino por el pensamiento humano, ha variado tambien; pero ¡cuán profundamente tiene que volver á variar aún!

La ciencia filosófica que nace, está en la infancia, porque las escuelas que han nacido con el siglo XIX están ya decrépitas.

Desde que Emmanuel Kant pronunció la palabra *razon* en un sentido distinto del admitido por los anteriores filósofos, ¡cuántas generaciones no han pasado por la filosofía alemana!

Esa robusta filosofía ha corrido toda su vida en poco más de medio siglo, sí; la filosofía alemana es al siglo XIX lo que la de Descartes al XVII: subyugó á todos los génios y pasó.

La filosofía alemana, rica en grandes y levantados génios, ha llegado por un lado al apoteosis de la nada, y llegará quizá pronto por otro á la del todo.

La palabra armonía, que se traduce en el sistema novísimo de Krause en todos sus tonos, llegará á confundirse con la unidad. El sistema de Krause pasará, pero no pasará todo entero; pasará, pero dejando á las generaciones venideras trazado el sendero que han de seguir en la investigacion de la verdad.

La ciencia moderna, que es un incomprensible mecanismo, en que el positivismo y el realismo más exagerados se confunden con un idealismo que siglo alguno ha presentado aún al desnudo ni llevado á tan extremadas exageraciones, pues que, por un lado, no quiere reconocer otro criterio de evidencia que la misma evidencia palpablemente demostrada, y que por otro, entra de lleno en el terreno de las más aventuradas abstracciones. No es esto lo que correspondia á este siglo sin igual. La fórmula filosófica del siglo XIX no se ha definido aún, pero se definirá.

No viene como producto de ningun levantado espíritu ni como concepcion de pensamiento alguno humano, sino simplemente bajo los sencillos pliegues de un hecho ordinario.

Este siglo egoista y positivista á la vez, levantado y arrogante hallará su fórmula de una manera análoga á su modo de ser; los desiguales golpes de una mesa, movida por desconocida y oculta mano, darán de sí letras que, combinadas, formarán la filosofía que ha engendrado este libro y otros muchos, y darán al hombre explicacion de hechos que no comprende ni concibe; esos golpes vendrán á probarle que la vida de ultra-tumba es no sólo la cierta, sino que va á

entrar en la categoría de los hechos probados por hechos.

La vida futura, escollo de todos los sistemas, será un hecho cierto dentro de poco, con los adelantamientos que el espiritismo como todo necesariamente ha de hacer; y el alma, cuya existencia el hombre se atrevia á poner en duda, vendrá ella misma despues de la muerte á contarle las maravillas de la vida sobrehumana, á revelarle en parte el pensamiento del Creador, á darle tales pruebas, que la filosofía que nace por virtud de un hecho que ha provocado la risa de los sábios, venga dentro de poco á imponerse como un sistema tan completo, tan perfecto y acabado como cualquier otro, á más de las pruebas que ningun otro ha dado aún sobre puntos cardinales de la vida del hombre sobre la naturaleza creada.

VIII.

UN PASO MÁS.

Tenemos compendiada la filosofía: nada hemos dicho, es verdad, del mahometismo, del judaismo ni de las religiones indias; pero ha sido porque las dos primeras son la religion católica con falta ó con sobra, y las últimas la idolatría unida á la metempsicosis; por tanto, no son verdaderas filosofías nuevas.

¿Cuál es el libro mejor para estudiar á un hombre?

Sus obras.

Pues bien, el autor va á buscar, á estudiar á Dios en su obra.

¿Cuál es la síntesis de la obra de Dios?

El hombre.

Pues bien: el autor, hombre, va á buscar en sí á su Dios.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

VARIEDADES.

¿SERÁN DELIRIOS DE LA MENTE?

Á UNA AMIGA.

¿Qué ha pasado en mí de ayer á hoy que tan trasformado me hallo?

Miro dentro de mí, y apenas si encuentro la misma alma dentro de un cuerpo que es mio, completamente mio, porque ni áun pesa sobre él la odiosa contribucion de sangre.

He visto locos muy raros, monomaniacos soberbiamente extraños: pero mi confusion es mucho mayor que la de un hombre que creyera de un amigo suyo las piernas soldadas á su tronco

Mirarme, buscarme, tocarme. Hé aquí tres ideas para las cuales encuentro estas otras:

No verme, no encontrarme y palparme. ¿Cómo echar á correr detrás de mí, á quien en vano trató de alcanzar?

Bizarra locura y extraña monomanía, la que tiene conciencia de sí misma.

Parece un contrasentido, que no ha de tener realidad, y sin embargo la tiene.

Anoche me acosté siendo yo: hoy me busco á mí mismo; luego necesariamente he de retroceder en el tiempo si quiero encontrarme.

¡Retroceder en el tiempo! Prodigiosa facultad la del hombre que le eleva por cima de lo inmutable, lo constante y lo eterno; propiedades inherentes al tiempo que sólo existe en cuanto hay sucesion de actos, de ningun modo cuando hay inercia.

Y muy digno de notar es que nada hay como retroceder en ese tiempo que nosotros hacemos para fundar sobre su pasado un proyecto constante y cierto, porque todo lo que sea caminar á compás del presente es igualarse á la piedra que vive y se gasta, pero que no existe como inteligencia, sentimiento y voluntad.

Del ayer al hoy, pues, he de buscarme. Idea admirable que me pone en mis huellas.

Fué ocasion el ayer de cerrar mis ojos pensando en Dios,—perdóneme mi siglo semejante debilidad, como dirian los espíritus fuertes,—y los cerré, orando por los que sufren.

¡Ah! Ya lo recuerdo todo.

Una vez dormido, miré luz fosfórica que se condensaba paso á paso, tomando las más bellas tintas de esa paleta natural que brilla en el cielo á la puerta del sol, dibujando así bellísima aparicion, que tomé como ángel de mi guarda.

Creíme al pronto presa de bíblicas alucinaciones, porque alucinacion creia yo entónces el «Saul, ¿por qué me persigues?» del Apóstol San Pablo; pero al ver que mi ángel me sonreia con inefable dulzura, sonreíle yo exclamando: ¡adelante!

Pero yo no oí mi voz: la palabra no fué articulada, pero sí comprendida, porque atrayéndome hácia sí con incomprendido amor, formuló en el más incomprendido lenguaje del lenguaje, estas palabras:

—«Ven; te has conducido como bueno orando

por los que padecen, y quiero pagar tu oracion; ese lazo inquebrantable que une al hombre con Dios, cuyo solo nombre sea bendito.»

No escuché más; pero sentí desprenderme de mi carne, y que en alas de mi ángel volaba y volaba á través del tiempo y del espacio.

Despues, una luz más viva que la fusion irradiada por la de todos los soles, iluminaba sublime, sacrosanta escena.

Yo no debia ni podia ver por los ojos materiales, cuando no me cegaba aquella luz.

Sobre la cumbre de una montaña miré inmenso gentío, que huia amedrentado y pavoroso de aquel sitio de martirio. Rasgábase el cielo, y de él descendian mil y mil querubes á recoger un alma más pura que lo no nacido, casi tanto como el Increado.

Y sobre la cumbre, afrentosa Cruz tinta en sangre, que ávido oreaba el viento como avaro, llevaba las lágrimas con ella confundida y mezclada.

Y ví que la sangre del Crucificado, aunque poca, manchaba á generaciones de veinte siglos que se mantenian tras la Cruz entre la creencia, la duda y el sarcasmo.

Y contemplé que aquella sangre y las inagotables caudalosas lágrimas de las dos Marías, eran la redencion de un mundo aherrojado á la más repugnante de las esclavitudes: á la del pecado.

Y oia vagamente un fragor como de arrepentimiento; pero entre él, claras y distintas, estas palabras:

«¡Jesús! ¡Jesús! Perdona á los que conociendo tus máximas, las posponíamos al mundo y á nuestros vicios.»

Y sonaba otro fragor como de golpes de pecho, y casi al mismo tiempo meditadas caidas en el abismo del vicio, esperando en la incesante cadena del arrepentimiento y el pecado, el anillo que llamaban Semana Santa.

Y pasaba el anillo, sí; y volvian á caer en un torbellino de carcajadas, orgías, voluptuosidades, hasta que sorprendidos por la muerte rompian en llanto porque habian gastado inútilmente una vida sin realizar ni el bien ni la ciencia que constituyen la perfeccion.

¡Y con qué amarga tristeza sonreia mi ángel!

¡Y con cuál amorosa palabra de tristura, me decia:

—Ese fragor es el vuestro; le producís vosotros que no teneis fe constante en Aquel que para redimiros y enseñaros se esclavizó inmolándoos despues su vida!

Amor es su ley: amor su justicia: amor su venganza; ¡mira si es grande!

—¿Y la cólera de Dios?

—Fuera la más grande de las blasfemias, si ya no el más absoluto de los absurdos. Mira:

Y en los astros, y en los querubes, y en los virtuosos que parecian salir de sus sepulcros de piedra tan sólo para no cegar á los hombres que entónces les miraban, porque sólo entónces podian verlos, se leia inscrita la palabra amor, como aspiracion incesante del alma.

....

Despues todo desapareció, dejándome vaga impresion de eterna belleza.

Pero aún asía mi mano otra mano; aún queria ver más; y como la ambicion incita á la ambicion, dije á mi ángel:

—Llévame, llévame donde tú quieras y yo aprenda.

—Nuevo guia te doy, me respondió: que ahora voy á recoger un alma tan bondadosa que apenas turbada en la muerte de su cuerpo se remonta al Eterno.

—¿No me darás un consejo?

—Ora y obtendrás: ama y tuyo será el cielo. ¡Adios!

—Siempre te llevaré en el alma.

II.

Dicho esto volvíme hácia el nuevo guia, y en él creí reconocer á Quevedo.

Pero á Quevedo con su frente tan extensa como las noches de vigilia é insomnio; con su nariz tan móvil como el sarcasmo; con su mirada tan profunda como su talento; con su boca tan incisiva y burlona como su dolor y su sátira.

Un manto de luz pendia de sus hombros, asemejándose al de esos ángeles que nos pinta en sus lienzos el ideal pincel de un genio místico.

Serán delirios del cerebro; pero tan claramente recuerdo mis visiones, que despierto como estoy no me deja lugar á duda.

Y no sólo le ví en toda su realidad, sino que tambien le escuché.

Rápidos cual el mismo pensamiento volábamos en alas de la voluntad, que no de otro modo ha de moverse el alma una vez libre de sus trabas materiales, y más rápidos aún recorríamos esferas de luz y mundos de armonía que entristecian la memoria del nuestro.

En ninguna parte existia el vacío. Antes por el contrario, el lleno y la saturacion.

Todo era vida, todo movimiento, todo animacion allí, donde mirado desde un planeta cualquiera no pareceria sino los poros de la materia creada, no más que para la enseñanza y redencion de nosotros por nosotros mismos.

Y la creacion estaba fuera de esa materia, porque así lo hacia entender la infinidad de infinidad de espíritus que vivian en la más continua accion, moviéndose los unos en el sentimiento, otros en la ciencia y todos en la voluntad.

—¿No hay por aquí locos? pregunté á Quevedo, trayendo á mi memoria recuerdos de sus obras.

—Los hay á millares, me dijo á la par que me señalaba uno que corria tan desalado como alma en pena.

Miréle y ví un rostro de epigrama todo él rezumado en chispeante sátira; sobre su barba, peinada por la risa, brillaba una nariz más recta y afilada que punta de lápiz. Su cabello, en el más confuso desórden, parecia obra de la caricatura; y al caer en mechones sobre aquella su frente ancha y espaciosa, sin duda queria decirle: «La cubro para que no la reviente el genio.»

Y delataba tanto descuido su luminoso manto, que, á serle posible desposeerse de él, claramente hubiera yo visto si allí se vive no más que con la cabeza, sin afectar otra innecesaria forma.

Sí noté que llevaba en la mano un haz de luz, y que, desatentado y loco, queria sorprender en la otra un libro de sombras en que dibujar sus picarescos chistes.

—¿Quién es ese?

—Gavarni. Presúmele su mente vida terrenal, que há *poco* perdió: delátale su conciencia vicios humanos, y á todo trance quiere aprovechar vida para inspirar moralidad.

Y en claro, distinto acento inconfundible con ningun otro y mucho ménos con el desvarío producido por el sueño, tomó así el hilo de un discurso, hermano casi gemelo de los que escribió hace siglos.

«Yo, por mis muchos pecados y áun más por mi malandanza, que fué como mia, no alcancé á sangrador oportuno de la enferma humanidad, razon más que bastante para que fuese necesario, toda vez que sin el correctivo oportuno nada se corrige, cauterizar un tantico la torcida catadura de la señora moralidad de mi tiempo. Y por ende, ya que mi obra fué incompleta, Gavarni *fué* y tomó sobre sus nada flacos hombros la grata tarea, si grato puede ser el trabajo para los hombres, de suplir faltas mias con sus muchas sobras.

»Como quiera que el epígrama que forja el lápiz tiene un doble atractivo por recrear la vista á la par que ese farolillo menguado que llamais pomposamente entendimiento, el lápiz fué su péñola y el dibujo su metro.

»Creo que con esto he sacado á tu vergüenza mi opinion, y nada más te digo, sino es pedir á Dios que pueda librarte de deudores que te persigan, de tontos que te estimen, de alguaciles que tengan algo que ver contigo, de médicos que conviertan tu cuerpo en almacen de suciedades, y de remozadas viejas que te persigan con amorosas razones.»

Estábamos en esto cuando se acercó á mí otra alma, que al pronto se me figuró la del hambre; pero que despues supe era la de un artista. Acudia solícita en busca de consejo, y dióme así á entender que traia el voraz apetito del alma, bastante más noble que mil y mil apetitos que, despierto, conozco en el suelo terrenal.

Díla el consejo, y lo que es más, siguióle; en lo que claramente conocí que si soñaba, soñaba con lo que debia ser, y de ningun modo con lo que era.

—¡D. Francisco! ¡D. Francisco! ¿Dónde os vais que así me huís? dije á mi guía.

—Quítame dones de los hombres, que sobrados nos los da Dios—sea bendito—para labrar nuestra dicha, y perdóname si abstraido mi pensamiento se separaba del tuyo.

—Un alma cual la que tendria el hambre, me ha pedido consejo.

—¿Hambre y consejo? Artista tenemos. Bien hace el pobre en contentarse con consejos; mas ¿qué otra cosa alcanzan entre vosotros, séres terrenales, esos pobres locos, únicos cuerdos en la tierra que no logran curar á los hombres?

—¿Cómo entender eso de que los locos son los únicos cuerdos?

—Mira: Dios necesitaba una casa de Orates para los muchos locos que de todas partes brotaban, y en un momento de *guasa*—y cuenta que no quisiera pronunciar esta palabra por ser muy moderna, á la par que un sacrilegio referido á Dios si se trae á mala parte—hizo la tierra. Pero como su misericordia jamás abandona á ninguno de sus séres, permite que de vez en cuando esos soñadores que llamais artistas, y que por no ser locos son locos en la tierra, tomen sobre sí la carga de arrancar á la locura algunos séres, merced al sentimiento de lo bello, que es una fase del amor eterno, innato en todos los espíritus.

Con lo de los locos vínoseme á la memoria la mujer que por manicomio del hombre la tengo, y vínoseme tambien el deseo de preguntar cuál era la diferencia entre la mujer de su siglo y la del nuestro, á lo que respondió:

—En mis tiempos las mujeres eran flacas, no de carnes todas, casi todas de virtud; pero en los vuestros son á manera de las espátulas que los *dotores* usan, y tienen una ventaja sobre sus ascendientes: saber cubrir las apariencias.

—¿Y á quién acusar de esta flaqueza?

—Una linterna en el suelo apenas alumbra: una mala lámpara colgada del techo alumbra toda una habitacion. Esto es decir que el ejemplo, bueno ó malo, influye más cuanto de más alto viene, y lo más alto en la tierra el rey y la madre.

III.

Habia amanecido, y era tiempo de volver á mi cárcel.

Empujados por el pensamiento, llegamos en breves instantes aquí donde reposaba mi cuerpo: le miré, no sin cierta tristeza; pero ante la perspectiva de otros sueños y otras realidades, sonreí y áun le acaricié.

Mi fé en la necesidad de la vida terrenal para el obstinado que no realiza el bien ó el bueno que baja á redimir, y la esperanza en la otra vida de venturas, me hicieron encarcelar.

Despidióme cariñoso mi guia dejándome dentro la vida del cuerpo.

¿Para qué? Para despertar despues, y preguntarme:

—¿Serán delirios de la mente?....

¡Pero no, dulce amiga, no! La vida es el aprendizaje del amor, así como de la ciencia; porque Angel lo dijo:

«Quien sabe, ama.»

La vida puede ser fuente de bien, y en la muerte debiéramos enterrar con los despojos carnales el orgullo y los demás vicios que nos detienen en la carrera.

Pero ¡ay! triste realidad. Desde el nacer, todos corremos á apagar el fuego más puro, el raudal inagotable de virtudes: las ilusiones.

Nacen del alma, que por intuicion ve su existencia ajena al contacto del mundo, y sin embargo las matamos, como si no fueran los delirios más locos el oro, el fausto, la molicie, y de ningun modo las purísimas concepciones que nos acompañan en la primavera de la vida.

La aberracion, el delirio, la locura, es el puñado de plata por el que nuestro sér entra en esa helada senda de abrojos que llaman experiencia!

19 de Marzo de 1869.

DIODORO DE TEJADA.

POESÍAS ESPIRITISTAS.

Á MONGOLFIER.

¿Qué mónstruo allá se eleva tranquilo y majestuoso
dejando absorto y mudo de gentes un tropel?
¿Qué sér en pos arrastra, que el pecho fatigoso
se siente cuando torna los ojos hácia él?
Los árboles, las torres, las cúpulas, los montes,
las más enhiestas cumbres con ímpetu salvó;
ya apenas se divisa, ya entrambos horizontes
allá entre parda nube fugaz atravesó.
¿Será de Dios potente terrible mensajero,
que sube á darle cuenta del mundo sub-solar?
¿Será Luzbel airado, rebelde y altanero,
que del Eterno el trono pretenderá escalar?
¿Será impalpable masa de sútiles vapores
junto al cenit, más tarde terrible nubarron?
¿Acaso entre sus pliegues sin luces ni colores
cobijará de mónstruos confuso peloton?
No: que es el alto espíritu del hombre quien le eleva,
que de la ciencia en alas ensáyase á volar,
que rompe las cadenas del mundo y se subleva,
espacios sin medida para poder cruzar.
Vedle, do quier que fija su vista, allí radiante
contempla en el vacío la imágen de su Dios,
mientras tan sólo inmensa cortina fulgurante
encuéntrase en el Eter suspensa entre los dos.
Ni el ruido, ni áun el llanto le llega de la tierra;
al águila altanera su imperio arrebató.
¿Quién sabe si el esfuerzo de su poder le aterra,
cuando al mirar al suelo perdido se creyó?
Los astros suspendidos ya ve del firmamento
formados en hileras, cual fúlgido escuadron,
y abismos insondables, negruzcos y sin cuento
que acaso harán más rápido latir su corazon.
Desea en su impotencia rasgar sus densas nieblas,
y quiere al verse cerca los soles abrazar;
ó bien perdido, loco, rodando entre tinieblas
tal vez hasta el Averno quisiera sondear.
Y al verse allí bogando suspenso en el vacío,

sintió dentro del pecho su corazon arder.
¿Seré yo un Dios? (entónces clamó su desvarío)
¿Será escalon la ciencia para llegarlo á ser?
Su acento poderoso turbó por un momento
la imágen de la nada, la augusta soledad,
y acaso retumbando subiera al firmamento
cruzando majestuoso la azul inmensidad.

. . . .

. . . .

¡Quién sabe si algun dia con poderoso vuelo
surquemos del espacio, su límite postrer,
y en alas de la ciencia lleguemos hasta el cielo
sus ámbitos profundos pudiendo recorrer!
¡Quién sabe si salvando la fuerza de la esfera
la sed de lo infinito pudiéramos saciar,
al ver en rauda, inmensa, magnífica carrera
un mundo, y otro... y otro, miriadas visitar!
Y así cruzando espacios llegar á la alta cumbre
do se halla del Eterno sin fin la majestad,
millares de universos ardiendo en viva lumbre
lanzando en cada instante su excelsa eternidad.
¡Quién sabe si al marcarnos la senda del trabajo
«por ella hasta mi cielo, dijera, has de llegar,»
y esfuerzo tras esfuerzo podamos desde abajo
hasta su trono el vuelo felices remontar!
Y entónces en su seno gozoso recibirnos
cual hijo que ha cumplido castigo paternal,
ó bien en el Averno furioso confundirnos,
tal vez mirando airado la audacia sin igual.
Y el sol hecho cenizas, y estrellas y planetas
entre humo denso rueden en hórrido monton,
cual rauda catarata de fúlgidos cometas,
cual de orbes y de mundos satánico aluvion.
De fuego, humo y cenizas oleadas insondables,
terribles remolinos de rayos viendo arder,
de rotos universos turbiones formidables
y el negro caos tendiendo tinieblas por do quier.

. . . .

. . . .

Mas ¡ay! que en su impotencia desea el alma mia
volar hasta ese cielo con insaciable afan,
cuando al tender los ojos por la region vacía
contempla esas lumbreras que en torno de tí van.
Cuando tu esencia adora en el inmenso espacio
del Eter impalpable luciente por do quier,
llenando el infinito tu espléndido palacio,
y allá del caos surgiendo tu majestuoso sér.
Mas mi soberbia vana, mi imbécil altiveza,
grano de arena inútil, se siente desmayar,
y es ¡ay! que sólo puedo delante tu grandeza,
cayendo de rodillas, tu imágen adorar.

RAFAEL FECED.

BIBLIOTECA ESPIRITISTA EXTRANJERA.

LA PLURALIDAD DE MUNDOS Y EL DOGMA CRISTIANO (1).

Siendo la doctrina de la pluralidad de los mundos una obra filosófica, edificada en el terreno de la ciencia é independiente de toda forma religiosa, hemos creido que era conveniente y al mismo tiempo necesario el considerarla como una cuestion puramente científica, y no provocar el torbellino de discusiones teológicas que se levanta tan pronto como se penetra en el palenque de los dogmatistas. Ha podido, por lo tanto, notarse que en todo el curso de la obra nos hemos abstenido, no sólo de toda discusion, sinó tambien de toda alusion al misterio cristiano. No nos hemos hecho el eco de soñadores asombrados que pedian al hombre-Dios la razon de su advenimiento á nuestro pequeño planeta, ni hemos creido deber discutir, en nombre de la ciencia física, el inaudito privilegio con que plugo al Eterno gratificar á la tierra, prefiriendo dejar á los corazones de los creyentes la doctrina que les consuela, como á las almas bienaventuradas la paz que las sostiene y las vivifica.

Pero á pesar de la rapidez con que desapareció la primera edicion de esta obra, nos hizo ver que ciertas personas habian considerado nuestro acto de prudencia como un vacío que reclamaba ser colmado. Lo mismo del campo de los incrédulos que del de los cristianos, se nos ha dado á entender que nuestra obligacion era expresar nuestro modo de pensar acerca de este punto.

No nos parece que nuestro modo de pensar en el asunto posea en sí autoridad suficiente para determinar y fijar la opinion del lector. Por esta razon y por algunas otras, conviene que conservemos nuestra independencia. Nuestro deber es, pues, exponer imparcialmente el estado de la cuestion, presentarla bajo sus diversos aspectos, con los elementos que la constituyen y los juicios que acerca de ella se han emitido, dejando despues á cada uno el cuidado de decidir por sí.

Hé aquí la consideracion que, no lo disimulamos, es á la vez el argumento de los filósofos anticristianos y la dificultad de los creyentes: no siendo la tierra que habitamos más que un átomo insignificante en la universalidad de los mundos,

(1) Apéndice á la *Pluralidad de Mundos habitados*, por Camille Flammarion.

¿en qué se fundaría el privilegio con que se la ha preferido de haber sido objeto especial de la complacencia divina, de haber recibido en su habitacion al *Eterno mismo*, que no se desdeñó en bajar á encarnarse en un poco de polvo terreno? ¡Favor infinito para algunas orgullosas tribus humanas que no lo merecen ni lo comprenden!

Tal es la expresion de la gran dificultad; tal la formidable pregunta que urge en las almas creyentes y en las incrédulas, cuando son iluminadas acerca de la grandeza del universo y la insignificancia de nuestro planeta; dificultad que se ha tratado de orillar por falsos tránsfugas, que se ha querido eludir por capciosos sofismas, que otros más sinceros amigos de la verdad han intentado explicar ante el tribunal de los hechos científicos. Examinaremos estos diferentes razonamientos, sin cortar el nudo, á la manera de Alejandro, lo que es mal modo de terminar las cosas, sino procurando desenredar los enmarañados hilos que mútuamente se embarazan; y establecida la exposicion, juzgando cada uno con conocimiento de causa, podrá preferir la solucion que satisfaga á su espíritu y á su corazon.

Acabamos de presentar el argumento fundamental que constituye la dificultad del misterio cristiano ante la enseñanza de la ciencia. A este argumento se añade otro que depende, no del misterio cristiano, sino de la doctrina cosmogónica contenida en los sagrados Libros, ó enseñada segun ellos por la tradicion y fundada sobre los mismos. Este nuevo argumento puede expresarse como sigue: La doctrina religiosa de los sagrados Libros enseña la unidad de la tierra, de la humanidad adámica, de la familia rescatada por la divina sangre; nos muestra la tierra como el único lugar de prueba para las almas, y el cielo como el lugar de las recompensas, á donde van las almas á recibir, para toda una eternidad, el premio reservado á sus virtudes. Dogmas en contradiccion, aparente al ménos, con la doctrina de la pluraridad de los Mundos. Tal es la expresion de la segunda dificultad que encuentra nuestra doctrina en el campo de los cristianos.

Hemos distinguido estos dos órdenes de discusiones, á fin de poner la mayor claridad posible en este asunto bastante delicado y que algunos le consideran como muy grave; la distincion que aquí establecemos no existe en realidad de un modo absoluto, porque estos dos puntos de vista se unen y se confunden en la unidad religiosa; pero es muchas veces necesario dividir los objetos, para que nuestra imaginacion pueda concebirlos sin esfuerzo y estudiarlos separadamente. Examinaremos, pues, estas dos dificultades una detrás de otra empezando por la primera.

I.

La Encarnacion de Dios en la tierra.

El sacrificio del Calvario podia ser comprendido en su majestuosa sencillez, cuando las imaginaciones humanas no conocian más que una tierra y un cielo. El hombre, criatura hecha por Dios á imágen suya, desfallece y cae desde los primeros dias de su existencia; Dios lleno de compasiva bondad, desciende en persona para redimirle. Hé aquí una creencia muy dulce y muy consoladora para el hombre, que puede presentarse sin demasiados misterios, y que los entendimientos más sencillos pueden aceptar y comprender. Pero no sucede lo mismo desde que la revelacion astronómica hace perder á la tierra y al hombre todo su prestigio, al mismo tiempo que eleva á Dios á una altura inaccesible. Esta tierra privilegiada, ¿qué digo? esta tierra *única* estaba en otro tiempo circundada por una resplandeciente aureola; pero hé aquí que un dia, se han abierto nuestros ojos, hemos mirado frente á frente esta tierra rodeada de gloria, y de repente se ha disipado su brillante aurora, el palacio de los hombres ha perdido su aparente riqueza, se ha sumergido en la oscuridad y bien pronto han aparecido detrás de ella otra multitud de tierras, llenando espacios sin fin. Desde entónces ha cambiado el aspecto del mundo, y con él las creencias que hasta aquí nos habian parecido sólidamente fundadas.

Desde la época de Copérnico y de Galileo, se habian conocido en toda su profundidad las dificultades que el nuevo sistema del mundo iba á suscitar contra el dogma del Verbo encarnado; y hayan dicho lo que quieran ciertos comentadores, no debe verse solamente una cuestion de celos ó de jesuitismo en el memorable proceso de Galileo. No era la *persona* del ilustre toscano la que miraba mal, sino los *principios* de que se hacia el defensor. Repiten desde hace ochenta años con Mallet-Dupan, que Galileo no fué perseguido como buen astrónomo, sino como mal teólogo, y por haber querido poner el sentido de las Escrituras de acuerdo con el nuevo sistema del mundo; ¿esta es una afirmacion demasiado absoluta y que ha tenido demasiado buena fortuna? No; no atribuyamos este gran acontecimiento á las intrigas de Maffei Barberini (Urbano VI), quien, por otra parte, tenia muy buena opinion de su anti-

guo amigo, ni á su orgullo rebajado del papel de Simplicio, que parecian atribuirle los célebres *Diálogos*, ni á la conspiracion de los tres frailes Gaccini, Grassi y Firenzuolas comisario de la Inquisicion; hay un poco de esto en este negocio medianamente complicado, pero hay tambien alguna cosa más: hay una razon más grave, á la altura de la causa debatida. Esta razon grave, esta razon oculta, esta razon sorda es la que hizo inscribir en el *Index* á Bacon, Copérnico y Descartes, la que hizo desterrar á Campanella y quemar vivo á Jordano Bruno, en el campo de Flora en Roma, por «la herejía» de la nueva ciencia del mundo. Esta razon es la que habia hecho encarcelar al jesuita Fabri, porque en un discurso sobre la constitucion del mundo, habia dicho que: Demostrado el movimiento de la tierra, debia la Iglesia desde entónces interpretar en un sentido figurado los pasajes de la Escritura que le son contrarios. Esta razon era la que impulsaba á Ciampoli á prevenir la condena de Galileo escribiendo á éste (Febrero 1615): «Usad de una gran reserva en vuestras palabras, porque donde establezcais sencillamente alguna semejanza entre el globo terrestre y el globo lunar, algun otro insistirá diciendo, que suponeis tiene la luna hombres por habitantes, y álguien comenzará á discutir cómo pueden haber descendido de Adan ó salido del arca de Noé, con otras muchas extravagancias en las que jamás hayais pensado.» Esta razon es tambien la que, en el mismo año de la muerte de Galileo, animaba al R. P. le Cazze, rector del colegio de Dijon, cuando procuraba apartar á Gassendi de la creencia del movimiento de la tierra y de la pluralidad de los mundos, por la siguiente carta:

«Atiende, decia, ménos á lo que tú mismo piensas, que á lo que pensarán la mayor parte de los otros que, arrastrados por tu autoridad ó por tus razones, se persuadirán que el globo terrestre se mueve entre los planetas. Deducirán de aquí que si la tierra es sin duda alguna uno de los planetas, del mismo modo que ella tiene sus habitantes, es muy de creer que existan igualmente en los demás, y que tampoco falten en las estrellas fijas, por cuanto son de naturaleza superior, y en la misma medida que los otros astros sobrepujan á la tierra en grandeza y en perfeccion. De aquí nacerán dudas sobre el Génesis, en el que se dice que la tierra ha sido hecha ántes de los astros, y que estos últimos no fueron creados hasta el cuarto dia para iluminar la tierra y medir las estaciones y los años. Por consiguiente, *toda la economía del Verbo encarnado y la verdad evangélica se harán sospechosas.*

»¿Qué digo? Esto mismo sucederá con toda la fé cristiana, que supone y enseña que todos los astros han sido producidos por el Dios creador, no para la habitacion de otros hombres ú otras criaturas, sino solamente para alumbrar y fecundar la tierra con su luz. Ya ves, pues, cuán peligroso es que estas cosas se propaguen al público, sobre todo por hombres que por su autoridad parece que dan fe: *No sin razon se ha opuesto siempre la Iglesia*, desde los tiempos de Copérnico, *á este error* y muy recientemente todavía, no algunos cardenales como tú dices, *sino el jefe supremo de la Iglesia, por un decreto pontifical la ha condenado en Galileo*, y muy santamente (sanctissime) ha prohibido enseñarla en adelante, de viva voz ó por escrito.»

Sí, nuestra filosofía de la pluralidad de los mundos, que se vislumbraba desde la aurora copernicana, parecia inconciliable con el dogma cristiano, «hacia sospechosa la economía del Verbo encarnado,» y ni una voz se levantó en su favor que no fuese apagada inmediatamente por medida de prudencia. Desde tres siglos há, nuestra doctrina, asentada sobre el granito de la ciencia, se ha consolidado, al paso que el juicio de la corte de Roma se ha debilitado con la edad; los cristianos pueden decir hoy lo que Fontenelle no se atrevia todavía á sostener: que los habitantes de los planetas son hombres; y ya no hay heréticos por el solo hecho de creer en el movimiento de la tierra: tenemos amigos en el Colegio romano que observan los continentes de Marte y que creen en la pluralidad de los Mundos.

Dia llegará en que todos los entendimientos instruidos é independientes sacudan las preocupaciones que todavía pesan sobre nuestras cabezas, y confiesen con el acento de una conviccion sincera la doctrina de la pluralidad de los Mundos; pero hoy grandes dificultades de escuelas ó de sectas se oponen á ello todavía. Á la filosofía corresponde disipar estas preocupaciones, de las que es menester desembarazar á las almas adormecidas. Y no es esta una mision tan ruda ni penosa como en los pasados siglos, porque el progreso intelectual ha propagado por todas partes su bienhechora claridad. En el asunto que nos ocupa, en particular, las razones que se objetan en nombre de la fe, no están ya rodeadas de la misma autoridad; la razon las discute y las pesa.

La dificultad del misterio cristiano ha sido expuesta desde un principio como sigue: Si

se admite la pluralidad de las tierras habitadas y de las humanidades, es menester admitir: ó que estas humanidades han permanecido fieles á la ley de Dios, y no han necesitado la venida del Redentor, ó que han pecado como la nuestra y han tenido que ser rescatadas. En el primer caso, estas humanidades impecables, puras y desligadas de la materia, están por esto mismo dispensadas, en nombre del dogma, de la ley del trabajo, y desde este momento parece imposible su desarrollo; parece que son séres sin objeto de perfeccionamiento, sin fuerza de actividad. «Además, se ha añadido, no hay virtudes posibles en semejante paraíso; en la morada de la felicidad y de la paz, no puede tener aplicacion ni áun ser nombrada la idea de la misericordia, ni puede comprenderse la justicia sino donde está el injusto, ni la verdad sino donde está la mentira; las atribuciones morales del Sér supremo no pueden ser comprendidas y descritas sino donde existan lo deshonroso y lo falso; su poder, su sabiduría y su bondad no pueden ser representadas sino en un mundo material, gobernado por las leyes de la materia, sobre la cual esté sometido el hombre en su naturaleza física á su accion y á su exámen.» Y de este modo parece inaceptable la primera parte del dilema propuesto. En el segundo caso, si estas humanidades han pecado como la nuestra y han debido ser rescatadas, el prestigioso privilegio de la Redencion pierde de su grandeza, porque se halla repetido en millones y millones de tierras semejantes á la nuestra, cae en la ley comun, hace parte del órden general, se eclipsa su esplendor sin segundo, y con él el brillo divino que le envolvia.

Entónces se han presentado muchas proposiciones explicativas, que tienen por objeto unas y otras resolver la dificultad y satisfacer á la vez á la razon científica y á la fé religiosa. Estas proposiciones son en número de cuatro.

En la primera, la más controvertida y que ha parecido la ménos aceptable, se supone que en virtud de la facultad especial de la Ubicuidad divina, inherente á la ciencia misma de Dios, el Verbo se encarnó al mismo tiempo en cada uno de los mundos prevaricadores. La naturaleza, el modo y la duracion de esta encarnacion general, habrrin sido señalados de antemano en los designios eternos, y Jesucristo nació, sufrió y murió *al mismo tiempo* en todas las tierras perdonadas por el Sér ofendido y convidadas al divino banquete. Esta hipótesis suscitó insuperables dificultades, y cuenta con escaso número de partidarios, lo que hace que no nos ocupemos más extensamente de ella.

En la segunda explicacion el hijo de Dios se habria encarnado del mismo modo sobre todos los mundos pecadores como sobre la tierra; pero por un acto múltiple y no en el mismo instante, sino rescatando á su vez las humanidades culpables, visitándolas unas despues de otras. La primera hipótesis hace parecer á Dios como á un príncipe que, por un real decreto, pone en libertad á la vez el dia de su misericordia, á todos los encarcelados á quienes concede su gracia, con la diferencia de que los príncipes que no tienen el don de ubicuidad no pueden más que *hacer ejecutar* á la vez sus decretos; la segunda representa á Dios visitando sucesivamente las prisiones de su Estado y dando la libertad á los felices encarcelados á que les ha llegado su turno. Puede discutirse largo tiempo esta doble cuestion, sin llegar jamás á salir de la más completa duda, lo que no ha impedido á gentes sérias (pero probablemente desocupadas) trabajar larga y penosamente en la solucion de estos misterios.

La tercera teoría supone que la tierra es el único mundo en que la humanidad ha merecido caer de la gracia de su dueño por la desobediencia á sus mandatos, y trata de explicar cómo no se ha oscurecido el carácter de la Majestad divina, por la suposicion de que Dios se haya dignado rescatar esta familia culpable. Vamos á exponer cómo sostiene esta opinion su defensor, el eminente teólogo Chalmers.

La principal objecion del incrédulo consiste en la consideracion del rango ocupado por la Tierra en el seno de la inmensidad de los mundos, por la que se hace inverosímil que Dios haya enviado á su Eterno Hijo á morir por los habitantes de una insignificante provincia, siendo esta mision un don demasiado grande para la Tierra, que verosímilmente no le ha sido hecho. Chalmers se ha encargado de responder á esta objecion (1). Escuchémosle:

(*Se continuará.*)

Traduccion de
LÚCAS DE ALDANA.

(1) *Astronomical Discourses On the Cristian revelation viewed in connection with the modern Astronomy.* Discourse III: *On the extent of the divine condescension.*

CONFERENCIAS ESPIRITISTAS.

Los habituales lectores de nuestro diario exclamarán, sin duda, al leer el epígrafe de este artículo: ¿qué clase de conferencias son estas, cuyo nombre es para nosotros casi desconocido? ¿dónde se explican? ¿quién es el orador?

Gratísima por demás es la tarea que hoy me cumple imponerme para contestar á estas preguntas.

Las conferencias espiritistas eran el deseo de unos cuantos creyentes que aspiraban á proclamar su fe á la luz del dia ante el público, curioso de saber algo acerca de esa apellidada locura de que son víctimas unos cuantos alucinados.

Creer en el espiritismo, creer la posibilidad de comunicarse las almas de los vivos con las de los que no lo son ya en la forma en que lo eran, parece increible á las personas vulgares que confunden la despreocupacion con la ignorancia.

Suponen los anti-espiritistas que á ellos solos ha concedido la Providencia asaz poderosa razon para no creer en pueriles supersticiones, y por temor de caer en el ridículo de creer lo que parece un delirio, se someten gustosos á otra creencia más absurda, la de que les rebajaría ser tan cándidos que prestasen fe á las vulgares supersticiones.

¡Y sin embargo, los que tal piensan, confiesan que desconocen por completo las razones en que se fundan los creyentes!

Lo que creemos, pueden saberlo con sólo tomarse la molestia, que es muy grande por cierto, de asistir á las conferencias que piensan celebrar los espiritistas, la primera de las cuales hemos tenido el gusto de oir anoche en la calle de Cañizares.

¡Extraña coincidencia! En tiempos que quisiéramos no recordar, en esa misma calle se reunia el Círculo filosófico que la intolerancia del antiguo régimen disolvió violentamente.

La patria, en favor de cuya regeneracion tanto trabajaron los que aquel Círculo constituian, ha ha llamado al Parlamento y la gobernacion del país á aquella juventud: de modo que todavía estaba por desagraviar la violencia cometida con aquel recinto, donde sólo imperaba una noble aspiracion, la aspiracion de buscar con afanoso anhelo la verdad, esa verdad que nace de la discusion de lo que cada uno cree y sabe.

Pues bien: el Círculo filosófico ha sido desagraviado anoche; á pocos pasos del local en que éste celebraba sus sesiones, una asociacion que hace cuatro meses no habia logrado ni áun la aprobacion de su título, se reune hoy, se ofrece al público, al que somete el fruto de sus trabajos, de sus debates y de sus científicas investigaciones.

Anoche nuestro querido amigo Joaquin Huelbes Temprado, uno de los jóvenes más entusiastas de la causa espiritista, á la que se ha consagrado con celo nada comun, tuvo la gloria de inaugurar las conferencias espiritistas, que están llamadas á producir tan saludables efectos en nuestra patria.

Su claro talento y vasta instruccion nos habrian hecho concebir grandes esperanzas; pero, francamente, dudábamos del éxito, como debe dudar siempre el que con ánsia desea una cosa, de llegar á conseguir que se realice tal y como él la desea.

Nuestra aspiracion se ha cumplido, y la primera conferencia espiritista nada nos ha dejado que desear.

Comenzó el orador por anunciar que el tema de su discurso sería hacer una rápida reseña ó ligera exposicion de la doctrina que en conferencias sucesivas se proponia desarrollar cumplidamente, rebatiendo las ideas contrarias á su creencia.

Metódico, claro y preciso, ha demostrado su vasta erudicion, puesto que arrancando de las primeras edades, ha tenido que hacer la historia de la idea espiritista hasta nuestros dias.

Con singular acierto demostró que la humanidad se ha preocupado siempre del alma y su futuro destino, tomando los aspectos en cada edad propios del estado de su adelantamiento.

Terminada la excursion histórica, que ha sabido salpicar de atinadas imágenes, entró en la exposicion somera de la doctrina bajo el punto de vista filosófico, demostrando la necesidad de la supervivencia del alma. En la parte dedicada á este punto ha demostrado un profundo conocimiento de la filosofía más adelantada en el dia, y que tan anatematizada era en estos últimos tiempos por nuestros gobernantes.

Me refiero a la escuela krausista.

En la imposibilidad de citar uno por uno sus más sólidos argumentos, procuraremos trascribir los más pertinentes al objeto.

Buscando la genealogía del espiritismo, enlazó con la singular maestría la teoría de Pitágoras acerca de la trasmigracion, con la creencia de Sócrates, que buscaba el Dios único en medio de una sociedad politeista; haciendo notar que el filósofo griego creia en la existencia de los espí-

ritus y achacaba á su *daimon* (ángel tutelar) los grandes pensamientos que le hacian ser la admiracion de sus discípulos, entre los cuales se contaba el divino Platon.

La explicacion del bien y del mal: la definicion hecha de aquél, dándole realidad y negándosela á éste; la afirmacion de que el mal sólo con bien puede resarcirse, y cuanto á este propósito ha manifestado, ha merecido la más favorable acogida de parte del auditorio, que ha premiado su elocuente peroracion con un espontáneo aplauso.

Si, como esperamos, nuestro amigo se decide á escribir estas conferencias, las daremos á conocer á nuestros lectores, y entónces podrán juzgar por sí de la veracidad de nuestros elogios.

No terminaremos sin felicitar al Sr. Huelbes con toda la efusion de nuestra alma, áun á riesgo de parecer parciales.

De la gloria de nuestro amigo creíamos que nos correspondia una parte.

Él, tan modesto, tan estudioso, ha tenido la abnegacion de ir el primero á la brecha; los que como yo le hemos acompañado en el deseo, pueden creer, como creo yo, que han ido con él.

Hemos citado su modestia, y vamos á dar una prueba que queremos hacer pública.

En tiempos en que no era dado escribir de espiritismo, nuestro amigo tuvo el valor de escribir y la galantería de dedicarnos un folleto titulado *La nocion del espiritismo.*

En la primera página escribió una dedicatoria que decia así: «*A... su maestro y amigo... El autor.*»

Yo me complazco hoy en hacer público este rasgo privado de modestia, porque quiero darle una prueba pública de mi sinceridad.

Nunca me he creido con títulos para ser maestro de nadie: hoy que me honraria mucho serlo de mi hermano espiritista, cumplo con mi conciencia al declarar que no me sentia poseido, al oirle, de la altiva superioridad del maestro, sino del reverente y respetuoso acatamiento del discípulo.—Enrique Pastor y Bedoya.

(Monarquía Constitucional.)

MISCELÁNEA.

Noematacografo y noematacrometro. — Nuestro compatriota D. Ramon de la Sagra ha dirigido á la Academia de Ciencias de París la siguiente carta:

«Los periódicos y revistas científicas han dado cuenta últimamente de la presentacion por monsieur Donders, á la Academia de Utrecht, de dos instrumentos por demás curiosos. El título que se da al objeto de estos instrumentos, me ha revelado un grave error de apreciacion, que teniendo su orígen en una teoría esencialmente materialista, exige ser refutada, y me tomo la libertad de dirigirme á la Academia, por considerarla como la corporacion más idónea para apreciar el valor de mis reflexiones.

Desígnanse los nuevos instrumentos como que sirven para *medir la velocidad relativa de las percepciones* y *la del pensamiento.* Voy á demostrar que no miden ni una ni otra.

En efecto, lo que hace uno de los instrumentos llamado *noematacografo* es: primero, medir la fraccion de duracion, infinitamente corta, que trascurre entre el instante de una *impresion* hecha sobre un sentido exterior y el instante de su *percepcion* en el cerebro; segundo, medir la fraccion de duracion, extremadamente corta tambien, que pasa entre el instante de la *percepcion,* hasta el de la manifestacion exterior de la reaccion *voluntaria.*

Este curioso instrumento da, pues, el medio de descubrir si una impresion *luminosa* ó de otra clase, se trasmite con más velocidad al cerebro, que una *impresion acústica, tactil,* etc., y recíprocamente.

El otro instrumento, llamado por el inventor *noematacrometro,* puede determinar la *prioridad de la llegada al cerebro,* entre dos impresiones de diversas naturalezas, hechas simultáneamente sobre los sentidos respectivos: el ojo y el oido, por ejemplo.

Pero reflexionando atentamente sobre las diversas funciones que llenan ambos instrumentos, puede apercibirse que ninguna de ellas se refiere á la duracion de las *percepciones,* de los *pensamientos,* de las *voliciones,* que son actos realmente intelectuales. Sus objetos, es decir, los fenómenos cuya duracion miden estos instrumentos, son simplemente nerviosos, son las duraciones respectivas de *trasmision* por los nervios de impresiones recibidas exteriormente; ó sea duraciones de su trayecto, mientras llegan al centro nervioso. Allí son *percibidas,* y el instrumento ha registrado la duracion del viaje, como un contador registrará bien pronto, segun se dice, la duracion de la carrera de los coches. En otros experimentos, el instrumento registra de la misma manera la duracion del viaje que hace, en sen-

tido inverso del cerebro al sentido por la vía de los nervios, la impulsion dada por la voluntad.

¡Ah! ¡Si los instrumentos de M. Donders, extremadamente curiosos sin duda alguna, midiesen la *duracion de la percepcion en el cerebro, la duracion de la volicion en el cerebro!* Entónces la designacion del objeto que se les atribuye seria exacta, porque medirian actos realmente intelectuales, mientras que en la que hacen, no determinan nada que tal sea, nada que sea el pensamiento, ni ninguna facultad realmente, esencialmente intelectual. Todo lo que miden son movimientos nerviosos, trasmisiones nerviosas, fenómenos materiales, en una palabra. Los otros hechos, por la razon de que no son movimientos, sino que dependen del sentimiento de sentir, resisten á todo medio material para ser medidos, determinados, registrados; no tienen duracion ni extension para poderlo ser.

Podria extenderme mucho sobre estas consideraciones, pero la Academia no tiene seguramente necesidad de ellas para apreciar el alcance de mi refutacion.»

De la prueba galvánica ó bioscopia eléctrica;— medio infalible de evitar las inhumaciones prematuras, por el doctor Grisnotel (Conclusiones).

Llegado al término de mi trabajo, creo haber demostrado:

«1.° Que la ausencia de la contractilidad electro-muscular, es en los primeros instantes de la muerte, el signo cierto más infalible de la realidad del fallecimiento;

2.° Que sin retrasar los periodos de inhumacion, su empleo haria inútiles las casas mortuorias y permitiria evitar seguramente las inhumaciones prematuras;

3.° Que la prueba electro-bioscópica, establecida para comprobar la presencia ó ausencia de la contractilidad en los ahogados, los asfixiados, y en todos los casos de síncopes, de apoplegía etc., es de una necesidad absoluta incontestable;

4.° Que la omision de este medio puede ser la causa de los más deplorables errores, porque se expone á abandonar á personas, á las que prontos socorros hubieran podido hacer recobrar la vida;

5.° Que el nuevo aparato, inventado á este efecto, reune todas las condiciones apetecidas, puesto que es simple, portátil y poco costoso;

6.° Que las corrientes eléctricas son uno de los mejores medios de reanimar la vida, cuando la muerte no es más que aparente;

7.° Que hay ciertos casos en los que el empleo de la bioscopia eléctrica puede prestar servicios á la autoridad judicial y á la salud pública.»

El aparato electro-bioscópico se compone de una pila, de un multiplicador y de excitadores. Cada uno de estos objetos ocupa una seccion en una pequeña caja cuya longitud es de quince centímetros, su ancho de diez y el espesor de treinta y cinco milímetros. En una de sus secciones hay un pequeño frasco de bisulfato de mercurio pulverizado. La pila es de las más sencillas; está formada de un pequeño baquet de gutapercha de fondo de cobre y de dos placas de zinc. Para cargarla no hay más que poner en cada uno de los compartimientos del baquet, el grueso de una avellana de sal mercurial, y añadir una cucharada de agua, de modo que recubra un poco los elementos zinc. Un graduador que resbala á voluntad en la balanza del multiplicador, permite graduar la fuerza de las corrientes, desde la sensacion de un simple rozamiento, hasta sacudimientos que el hombre más vigoroso sufre con dificultad. Estando el aparato en actividad, y los dos excitadores guarnecidos de esponjas mojadas y tenidos por su mango de madera, si se les aplica sobre los miembros de un individuo vivo, en buena salud ó enfermo, se obtiene en el mismo instante, segun el grado de intensidad de la corriente, desde el simple estremecimiento de la fibra muscular, hasta los movimientos de flexion y de extension más pronunciados.

Mientras la vida existe, la contractilidad eléctrica, que es una propiedad inherente á la fibra muscular viva, permanece entera y en el mismo grado.

Si pues se somete á la misma experiencia el cuerpo de un ahogado ó de un asfixiado, en una palabra, de todo individuo cuyo estado de vida es dudoso, y se obtienen idénticos resultados, debe juzgarse que la vida existe todavía. Si por el contrario, la prueba es negativa, puede sin género de duda afirmarse que la muerte es real.

Aplicacion de la Frenología á la Administracion pública.—Al Senado de los Estados-Unidos acaba de someterse una de las proposiciones más excéntricas de que hay memoria en los fastos parlamentarios; la proposicion siguiente:

El honor de la iniciativa corresponde á mon-

sieur Howe, quien propone que se nombre un frenólogo hábil para confiarle un cargo tan importante, como que pone en sus manos el porvenir de numerosos funcionarios. Dicho frenólogo debe examinar á todos los candidatos á quienes se trate de confiar los cargos de recaudadores; y despues de haber estudiado la constitucion de sus cráneos, presentar una memoria al gobierno consignando el estado de las diferentes protuberancias á las que asigna la frenología alguna correlacion con las virtudes y vicios. Las virtudes que harian admisible al candidato serian la benevolencia, el sentimiento del deber, la facultad de comparacion que denota el juicio, etc.

Esta proposicion de M. Howe ha pasado al comité de reformas y economías.

Libro notable.—Nuestro ilustrado correligionario J. B. Roustaing ha tenido la bondad de enviarnos su obra titulada «*Les quatre evangiles.*»

Tan pronto como nos sea posible le dedicaremos un artículo bibliográfico.

Una Sociedad más.—En Sevilla se ha organizado la Sociedad Espiritista Sevillana, de que hemos publicado en El Criterio Espiritista algunas notables comunicaciones.

Deseamos á nuestros queridos hermanos todo género de adelantamientos en el difícil estudio á que se dedican.

Nombramiento.—Nuestro muy querido hermano y colaborador Joaquin de Huelbes Temprado, ha sido elegido Presidente del Círculo magnetológico espiritista, de cuya instalacion dimos cuenta oportunamente á nuestros lectores.

Nuevo colega.—Dentro de breves dias aparecerá un semanario político bajo el título de *La Anarquía*, dirigido por un fervoroso apóstol de nuestra doctrina. El Criterio espiritista saluda la aparicion de su buen hermano, que no dudamos defenderá con la elevacion con que sabe hacerlo el distinguido autor de *La Nocion del Espiritismo*, las ideas que nos gloriamos de profesar.

MÁXIMAS MEDIANÍMICAS.

XVIII. La vida para los que mueren les parece un tesoro inestimable: para el que vive una carga insufrible.

***

XIX. ¡Cuántos lloran sin saber que el llanto es la fuente de la felicidad!

***

XX. Un corazon confiado, va tan allá en amor como en odio.

***

XXI. Ama como si hubieses de aborrecer, y aborrece como si hubieses de amar.

***

XXII. Luchar es vencer.

***

XXIII. Del arte á la verdad hay un camino: el del amor.

***

XXIV. Siempre se consigue lo que se desea con constancia.

***

XXV. El más rico no es el que tiene ménos medios, sino el que carece de más necesidades.

***

XXVI. No pidas lo no que darias.

***

XXVII. Todo el que sufre cree que su desgracia es la mayor, y cuando goza que su goce es el menor.

***

XXVIII. El desinterés es la educacion de las almas grandes.

***

XXIX. Si el hombre no necesitase nada, seria Dios.

***

XXX. La dicha de un buen recuerdo la poseen pocos.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.